

Capítulo 1

LA FUNDACIÓN

Si bien nadie puede decir cuándo inició Roma su existencia, al menos tenemos una razonable certidumbre acerca de dónde lo hizo. Fue en Italia, a orillas del río Tíber, tierra adentro, a unos 22 kilómetros de la desembocadura de este, un delta que posteriormente se convertiría en el puerto marítimo de Ostia.

La razón por la que nadie puede precisar con exactitud cuándo tuvo lugar su fundación es que esta nunca se produjo de un modo que pueda precisarse. No hubo ningún momento original en el que unas cuantas aldeas desperdigadas e inconexas de las Edades de Bronce y de Hierro, encaramadas en las colinas, acordaran unirse y considerarse una sola ciudad. Cuanto más antigua es una ciudad, más dudas hay sobre sus orígenes, y Roma es indudablemente antigua. Esto no impidió a los romanos del siglo II a. C. proponer fechas inverosímilmente exactas para sus orígenes: Roma, solía afirmarse, no sólo había iniciado su existencia en el siglo VIII a. C., sino exactamente en el año 753 a. C., y su fundador había sido Rómulo, el hermano gemelo de Remo. En este punto comienza una enmarañada historia, con muchas variantes, que tienden a volver sobre los mismos temas que veremos una y otra vez a lo largo de toda la larga historia de Roma: la ambición, el parricidio, el fratricidio, la traición y la ambición obsesiva. Sobre todo esta última. Nunca antes había existido una ciudad tan ambiciosa como Roma, ni posiblemente existirá jamás, aunque Nueva York le plantea cierta competencia. Jamás ha estado ninguna ciudad tan empapada en violencia desde sus inicios como Roma. Estos se remontan al relato de la infancia mítica de la ciudad.

En resumidas cuentas, la historia dice que Rómulo y Remo eran huérfanos y expósitos, pero que podían afirmar su pertenencia a un

largo y augusto linaje. Este se remontaba a Troya. Tras la caída de Troya (siendo la fecha legendaria de este catastrófico acontecimiento el año 1184 a. C.), su héroe Eneas, hijo de Anquises y de la diosa Afrodita o Venus, había escapado de la ciudad en llamas con su hijo Ascanio. Después de pasar años errando por el Mediterráneo, Eneas fue a parar a Italia, donde Ascanio (ya adulto) fundó la ciudad de Alba Longa, no lejos del que con el tiempo llegaría a ser el emplazamiento de Roma, hecho que tradicionalmente se sitúa alrededor del año 1152 a. C.

Aquí, la progenie de Ascanio inició un linaje de reyes, sus descendientes. El último de este linaje fue Amulio, que le arrebató el trono de Alba Longa a su legítimo ocupante, su hermano mayor Numitor.

Numitor tenía un hijo, una niña llamada Rea Silvia. Amulio el usurpador usó el oportuno poder que acababa de arrebatarse para convertirla en una virgen vestal, con el fin de que ella no pudiera tener un hijo que pudiera ser no sólo el heredero de Amulio, sino también una mortal amenaza para él. Pero el dios de la guerra Marte, que no tenía el menor respeto ni por la virginidad ni por la vestalidad, fecundó a Rea Silvia. Amulio, al darse cuenta de que estaba embarazada, mandó encarcelar a Rea Silvia; esta murió pronto debido a los malos tratos, pero no antes de dar a luz a sus hijos gemelos, Rómulo y Remo.

Sobre lo que ocurrió a continuación tenemos la palabra del gran historiador Tito Livio. Amulio ordenó a sus hombres que arrojaran a los pequeños Rómulo y Remo al Tíber. Pero el río se había desbordado y sus aguas no se habían retirado todavía. De modo que en lugar de adentrarse caminando en la corriente y mojarse, con el engorro que ello suponía, se limitaron a deshacerse de los bebés en el agua menos profunda que había inundado la orilla del río, y se marcharon. El nivel del Tíber descendió un poco más, dejando a los gemelos varados en el barro. En ese estado, mojados pero aún con vida, los encontró una loba, que benévola los alimentó con su leche hasta que fueron lo bastante mayores y fuertes para que Fáustulo, el pastor del rebaño real, los criara hasta que alcanzaran la edad adulta. (La mayoría de los visitantes, cuando ven la escultura de bronce de los Niños Fundadores mamando las cónicas tetillas que cuelgan de la *lupa* en el Museo dei Conservatori, lógicamente piensan que se trata de la obra original. No lo es: la loba es antigua y la fundió un artesano etrusco en el siglo V a. C., pero Rómulo y Remo fueron añadidos aproximadamente entre los años 1484 y 1496 por el artista florentino Antonio del Pollaiuolo.)

En cualquier caso, en el mito finalmente derrocaron a Amulio y devolvieron a su abuelo Numitor a su legítimo lugar como rey de Alba

Longa. Y después decidieron fundar un nuevo asentamiento a orillas del Tíber, allí donde el azar los había arrastrado. Este se convirtió en la ciudad de Roma.

¿Quién sería el rey de la nueva ciudad? Esta cuestión la resolvió un augurio manifestado en forma de una bandada de aves de rapiña. Seis de ellas se le aparecieron a Remo pero doce a Rómulo, señalándole así —aprobado por mayoría de votos por los dioses de las alturas, por así decirlo— como el indiscutible gobernante de la nueva ciudad.

¿Dónde se hallaba exactamente esta? Siempre ha habido cierta discrepancia acerca del emplazamiento original, el sitio «primitivo» de Roma. No hay ninguna prueba arqueológica de él. Debió de hallarse en una de las orillas del Tíber; en cuál de ellas, nadie lo sabe. Pero el distrito es célebre por haber tenido siete colinas: Palatina, Capitolina, Celia, Aventina, Esquilina, Viminal y Quirinal. Nadie es capaz de saber cuál de ellas pudo serlo, aunque es probable que el emplazamiento escogido, por razones estratégicas, fuera una colina en lugar de una llanura o un declive. Nadie llevaba ningún registro entonces, de modo que nadie puede saber cuál de estas protuberancias, bultos o granos fue una candidata probable para ello. La «tradición» sitúa el emplazamiento primitivo en la modesta pero defendible altura de la colina Palatina. La fecha «aceptada» de la fundación, el año 753 a. C., es, por supuesto, totalmente mítica. Nunca hubo ninguna posibilidad de autenticar estas fechas de los inicios: naturalmente, nadie llevaba ningún registro entonces, y dado que los posteriores intentos de consignar los anales de la ciudad, que pertenecen al siglo II a. C. (los escritos de Quinto Fabio Píctor, Polibio, Marco Porcio Catón), no empezaron a realizarse hasta más de quinientos años después de los hechos que afirman describir, no se pueden considerar precisamente fidedignos. Pero son lo único de lo que disponemos.

Supuestamente, Rómulo «fundó» la ciudad que lleva su nombre. Si las cosas hubieran sido distintas y hubiera sido Remo quien lo hubiera hecho, puede que ahora hablásemos de visitar Rema, pero fue Rómulo quien, en la leyenda, delimitó la franja de tierra que definió los límites de la ciudad enganchando dos bueyes —un toro y una vaca— a un arado y haciendo un surco. Este se denominó *pomerium* y sería la sagrada huella de la muralla de la ciudad. Este, según Varrón, era el rito etrusco para la fundación de una ciudad en el Lacio. El ritual exigía que el surco, o *fossa*, la pequeña trinchera de fortificaciones simbólicas, quedase fuera del caballón de tierra levantado por la reja del arado; este caballón se denominaba *agger* o terraplén. Las murallas de la

ciudad se erigían detrás de esta línea simbólica, y el espacio que quedaba entre ella y las murallas se mantenía escrupulosamente libre de construcciones y de siembras, como medida defensiva. El área interior del *pomerium* llegaría a conocerse como *roma quadrata*, «Roma Cuadrada», por razones poco claras. Evidentemente Remo se ofendió por ello, por motivos igualmente desconocidos. Quizá le molestara que Rómulo se arrogase el derecho de determinar la forma de la ciudad. Mostró su desacuerdo saltando sobre el surco, un acto inocente, podría pensarse, pero no para Rómulo, que lo tomó como una expresión blasfema de hostil desprecio y asesinó a su hermano gemelo por cometerlo. La historia no cuenta cómo pudo sentirse Rómulo por haber dado muerte a su único hermano a raíz de algo que percibió como una amenaza a su soberanía, pero quizá sea significativo el hecho de que el grupo sagrado que periódicamente corría alrededor del *pomerium* para garantizar la fertilidad de los rebaños y de las mujeres romanas en años posteriores se conociera como *luperci* o hermandad de lobos.

Así pues, la embrionaria ciudad, que tuvo sus orígenes en un fratricidio no explicado, tuvo un fundador, no dos, y por el momento no contaba con ningún habitante. Rómulo supuestamente resolvió este problema creando un asilo o lugar de refugio en lo que llegaría a ser el Capitolio, e invitando a entrar en él a la escoria del Lacio primitivo: esclavos fugitivos, exiliados, asesinos, delincuentes de todo tipo. La leyenda lo describe como si hubiera sido (por emplear un símil más reciente) una especie de Dodge City. De ningún modo puede ser esto la pura verdad, aunque sí que contiene una pizca de verdad simbólica. Roma y su cultura no fueron «puras». Nunca fueron el producto de un único pueblo étnicamente homogéneo. A lo largo de los años y posteriormente de los siglos, gran parte de la población de Roma vino de fuera de Italia: entre ellos incluso algunos de los emperadores posteriores, como Adriano, que era español, y escritores como Columela, Séneca y Marcial, también nacidos en España. Celtas, árabes, judíos y griegos, entre otros, fueron incluidos bajo el amplio paraguas de la *Romanitas*. Ello fue consecuencia inevitable de un sistema imperial que constantemente se expandía y que frecuentemente aceptaba a los pueblos de los países conquistados como ciudadanos romanos. No es hasta finales del siglo I a. C., con el de Augusto, cuando empezamos a ver indicios de un arte claramente «romano», de un ideal cultural identificablemente «romano».

Pero ¿cuánto de romano tiene lo romano? Una estatua desenterrada no lejos del Capitolio, tallada por un artista griego que fue prisionero

de guerra en Roma, la cual representa a Hércules al estilo de Fidias y que se realizó para un adinerado mecenas romano al que le parecía que el arte griego era el no va más de lo chic, ¿es una escultura «romana»? ¿O es arte griego en el exilio? ¿O qué es, si no? «Mestizaje es grandeza», dice un refrán español, pero bien podría haber sido romano. A los romanos, que se expandieron para ejercer su dominio por toda Italia, nunca les fue posible pretender las locuras de pureza racial que llegaron a contaminar el modo en que los alemanes se vieron a sí mismos.

Varias tribus y grupos habitaban ya la llanura costera y las colinas que se hallaban en torno al Tíber. Los más desarrollados en la Edad de Hierro fueron los villanovenses, cuyo nombre proviene de la aldea próxima a Bolonia donde se descubrió un cementerio con sus tumbas en 1853. Su cultura se transformaría, a través del comercio y la expansión, en la de los etruscos, en torno al 700 a. C. Para establecer cualquier nuevo asentamiento había que vérselas, o al menos llegar a un acuerdo, con los etruscos, que dominaban la costa tirrena y la mayor parte de la Italia central, una región conocida como Etruria. El lugar de procedencia original de estos sigue siendo un misterio. Lo más probable es que siempre hayan estado allí, pese a la creencia que algunos tenían en el pasado de que los ancestros remotos de los etruscos habían emigrado a Italia desde Lidia, en Asia Menor. La más poderosa ciudad etrusca próxima a Roma era Veii, situada a apenas 14 kilómetros al norte de ella; aunque la influencia cultural de los etruscos se expandió por un área tan extensa que llegaron a hacerse sentir hasta muy al sur, en lo que posteriormente sería Pompeya. Hasta que fueron eclipsados por el creciente poder de Roma, en torno a 300 a. C., fueron ellos quienes determinaron las condiciones culturales de la Italia central.

Los etruscos, que nunca fueron un imperio centralizado, crearon ciudades estado a lo largo de la costa tirrena de Italia: Veii, Caere (Cerveteri), Tarquinia, Vulci y otras, todas ellas gobernadas por los reyes y altos sacerdotes denominados *lucumones*. Algunos de estos asentamientos estaban vinculados en una federación poco rígida, con ritos semejantes y acuerdos de defensa y de comercio. Debido a su superioridad militar —el «tanque» etrusco era un carro equipado con bronce, y la unidad básica de guerra etrusca era una falange fuertemente acorazada y estrechamente unida, antecesora de la legión romana— pudieron dominar a las fuerzas, menos unidas, de sus rivales tribales, hasta que los romanos se instalaron allí.

Otras agrupaciones tribales de menor importancia también controlaban territorios en los alrededores de Roma, siendo una de ellas la de

los sabinos. Parece que eran pastores y montañeses, y es posible que su asentamiento se hallara en la colina Quirinal. Rómulo, que fue expansionista desde el principio, al parecer decidió tratar de hacerse con este territorio en primer lugar. Se dice que Rómulo celebró unas carreras de caballos durante la Fiesta de Consus (en agosto) para atraer a los sabinos y a sus mujeres y ponerlos a su alcance. Toda la población sabina se presentó allí, y cuando se dio una señal los romanos raptaron a todas las mujeres jóvenes que pudieron encontrar. Esto equivalió a una declaración de guerra entre los romanos y los enfurecidos sabinos. (Todos los romanos eran latinos, pero no todos los latinos eran romanos. El poder romano, incluido el poder para conceder la ciudadanía romana, se investía en Roma, y este llegó a ser un honor apreciado.) El rey de los sabinos, Tito Tacio, reunió un ejército y marchó contra los romanos. Pero en otra escena, que artistas posteriores como Jacques-Louis David hicieron legendaria, las sabinas secuestradas se lanzaron entre los dos bandos de furiosos varones —hermanos, padres, maridos— y los convencieron para hacer las paces y no la guerra.

La paz y la alianza entre sabinos y latinos prevaleció entonces. Se supone que Rómulo gobernó las tribus unidas durante 33 años más, y después desapareció espectacularmente de la tierra, envuelto en la densa oscuridad de una tormenta. Tradicionalmente se dice que seis reyes sucedieron a Rómulo, algunos de ellos latinos, otros (en particular los semilegendarios gobernantes del siglo VI Tarquino Prisco y Tarquino el Soberbio), supuestamente etruscos. En la leyenda, su sucesión comenzó con Numa Pompilio, que reinó durante 43 años y fundó en Roma «una innumerable cantidad de templos y ritos religiosos». Lo siguió Tulio Hostilio, que conquistó a los albanos y al pueblo del asentamiento etrusco de Veii; después Anco Marcio, que agregó a Roma las colinas del Janículo y el Aventino; después Tarquino Prisco, de quien se dice que instauró los Juegos Romanos; después Servio Tulio, que agregó las colinas Quirinal, Viminal y Esquilina y acabó con los sabinos; y después Tarquino el Soberbio, que asesinó a Servio. Su hijo Lucio Tarquino el Soberbio hizo las paces entre los latinos y los etruscos.

Estos reyes establecieron el *mons Capitolinus*, la colina Capitolina, como ciudadela y centro sagrado de Roma. Aquí se erigieron los templos a las diosas Minerva y Juno, así como el más sagrado e importante de todos, el templo a *Iuppiter Optimus Maximus*, «Júpiter Óptimo y Máximo». Se lo dedicó (supuestamente) el rey Tarquino en 509 a. C. Aunque se sabe poco sobre Tarquino el Soberbio como figura históri-

ca, fue él quien aportó a muchos idiomas una expresión que sobrevive y se emplea hasta el día de hoy. Según Tito Livio (que escribió sobre ello aproximadamente medio milenio después), el rey le enseñó con ella una lección a su hijo Sexto Tarquino, el futuro violador de Lucrecia. Nada más conquistar una ciudad enemiga, Tarquino estaba paseándose con su hijo por el jardín cuando empezó a segar las cabezas de las amapolas más altas que había en él. Esto, explicó, era lo que había que hacer con los ciudadanos más destacados de un pueblo caído que pudieran causar problemas en la hora de la derrota. De ahí el término moderno, que especialmente les encanta a, y utilizan con demasiada frecuencia, los australianos desdeñosos para allanar la sociedad que les rodea: el «síndrome de las amapolas altas».

La autoridad de los reyes en Roma duró unos doscientos años. La sucesión no era hereditaria. Durante esta época, los reyes fueron básicamente reelegidos; no por todas las clases del pueblo romano, sino por los ancianos más ricos y poderosos de la ciudad, quienes (junto con sus familias) llegaron a ser conocidos como *patricii*, los «patricios». Estos constituían una clase dirigente, que escogía y posteriormente aconsejaba a los gobernantes de Roma. Después de la desaparición del último rey, Tarquino el Soberbio, a quien los patricios expulsaron y se negaron a reemplazar jamás, evolucionó un sistema que fue concebido con la idea de no volver a dejar nunca semejante autoridad en las manos de un solo hombre. Se concedió la autoridad suprema no a una sino a dos figuras escogidas, los *consules* (cónsules). Tenían exactamente los mismos poderes y la decisión de uno podía invalidar la del otro: de ese modo, el Estado romano no podría emprender ninguna acción en ningún asunto a menos que ambos cónsules estuvieran de acuerdo sobre ella. Esto, cuando menos, le ahorró al Estado romano algunas de las insensateces de la autocracia. En adelante, la perspectiva de estar sometidos a la «realeza» sería una pesadilla política para los romanos; el cónsul Julio César, por poner el ejemplo más destacado, sería asesinado por un conciliábulo de republicanos que tenían que pudiera nombrarse rey a sí mismo. Mientras tanto, los poderes religiosos se escindieron de los reyes y fue investido con ellos un sumo sacerdote, conocido como el *pontifex maximus*.

Todo ciudadano romano que no fuera patricio se incluía en la clasificación de plebeyo. No todos los que vivían en Roma gozaban de la condición de ciudadanos; esta no se extendía a los esclavos ni a los extranjeros residentes, de los que había muchos. La casta superior del poder oficial se amplió posteriormente tras el año 494 a. C., cuando los ciudadanos plebeyos, molestos por la arrogancia con la que los patri-

cios los trataban, se declararon en huelga y se negaron a hacer el servicio militar. Esto podría haber sido un desastre para un Estado expansionista como Roma, al estar rodeado por enemigos en potencia. El desastre se evitó eligiendo cada año a dos representantes del pueblo conocidos como «tribunos», que tenían el deber de cuidar y proteger los intereses de los plebeyos. Muy pronto el número de representantes a los que se otorgaba el poder tribunicio, la *tribunicia potestas*, aumentó de dos a diez. Para aclarar el campo de acción de estos comenzaron a aparecer leyes escritas, conocidas en un principio en su forma primitiva como las Doce Tablas.

La ciudad sobre la colina, o para entonces las colinas, era imparable. Continuó viviendo y creciendo, expandiéndose y conquistando. Era excepcionalmente dinámica y agresiva, pero de su vida y sus vestigios físicos sabemos muy poco, debido a la ausencia de documentos históricos creíbles y al desmoronamiento y la demolición de los edificios. Lo que allí hubiera quedó enterrado por Romas posteriores. En palabras del historiador francés Jules Michelet: «La Roma que vemos, la que nos arranca... un grito de admiración, no es de ningún modo comparable a la Roma que no vemos. Esa es la Roma que yace a 6, a 10 metros bajo tierra... Goethe dijo del mar: “Cuanto más se adentra uno en él, más profundo se vuelve”. Lo mismo sucede con Roma... sólo tenemos la menor parte de ella».

Puede que sea así, puede que no. Cuanto más se adentra uno en ella, más primitiva tiende a ser la arquitectura romana. No queda en pie ningún vestigio legible de ningún templo etrusco-romano construido. Es necesario hacer muchas conjeturas para reconstruir el templo original de Júpiter, de base etrusca, que se hallaba en la colina Capitolina, con su profundo pórtico, su pesado tejado a dos aguas con amplios aleros de madera y su profusa decoración de terracota en el tejado en forma de antefijos. Se han dejado amplios espacios entre las columnas, más amplios que lo que habrían podido ser en una construcción de piedra: estas formas eran adecuadas para la arquitectura en madera, porque se basan en la resistencia a la tensión que tiene la madera; la piedra es fuerte al someterla a compresión y, por consiguiente, excelente para postes y columnas, pero al someterla a tensión, como en el caso de una viga que cruza un espacio, es débil. El edificio pone el acento en su fachada delantera, a diferencia de lo que ocurre en los templos griegos, que eran «perípteros», es decir, estaban diseñados para que se vieran completamente rodeados de columnas, en sus cuatro lados. Vitruvio, el primer gran clasificador de la arquitectura italiana

de la antigüedad, denominó a este estilo «toscano», y así se le sigue llamando.

Lo que provocó el gradual refinamiento de este tipo «primitivo» de arquitectura etrusco-romana fue la influencia de la construcción griega presente en las colonias helénicas situadas en la península Itálica: Cumas, Neápolis (Nápoles), Zancle, Naxos, Catana y Leontini. Sus templos tendían a estar completamente rodeados por columnatas y establecieron «órdenes» o estilos de columna y capitel. Puede que determinados cambios litúrgicos favorecieran el abandono del templo de una sola fachada frontal. O quizá el diseño, completamente rodeado por columnatas, de los edificios griegos que se estaban erigiendo en las colonias helénicas de la península Itálica indujeran a su imitación. La columna estriada, cuyas acanaladuras verticales, en manos griegas, quizá fueran un muy estilizado recuerdo de las vetas de la madera, no aparece nunca, pero no cabe duda de que el uso que hicieron los constructores etruscos de los antefijos de terracota a lo largo de sus tejados de madera se adaptó de los modelos griegos.

Muchas de las tumbas y de los recintos santos etruscos que son reconocibles hoy en día no necesitaron ninguna columna, porque se construyeron bajo tierra. Algunos de ellos, sobre todo en el interior rural de Tarquinia, una ciudad con vistas a la costa, situada a 100 kilómetros al norte de Roma, siguen existiendo hoy, una pequeña minoría de los cuales se halla adornado con hermosas, si bien algo toscas, pinturas que muestran escenas de caza, pesca, festejos, sacrificios, bailes, rituales y (en la tumba de los Toros, detrás de Tarquinia) de sodomía. Pero estas construcciones no pueden considerarse arquitectura: tan sólo agujeros en la tierra decorados, o lugares ocultos bajo montones cónicos de tierra y piedras.

De su religión y de sus dioses se sabe poco, para nuestra frustración. Sobreviven muchas inscripciones en etrusco, pero estas son, en su mayoría, bastante inservibles desde un punto de vista histórico; meros nombres escritos de forma ilegible, que ni siquiera conmemoran fechas y desde luego tampoco hechos. Debido a la similitud de las letras con el alfabeto griego podemos decir cómo sonaban probablemente las palabras, pero en pocos casos lo que significaban. Puede que la tríada de los principales dioses etruscos, Tinia, Uni y Menvra, se corresponda exactamente con la tríada romana de Júpiter, Juno y Minerva, cuyo culto se instalaría en el Capitolio, pero puede que no sea así; aunque «Menvra» probablemente es Minerva.

Sabemos que algunos etruscos eran capaces de realizar exquisitas

esculturas en terracota, y que algunos eran expertos en metalurgia: esto es evidente al observar obras maestras en bronce, tales como la Quimera de Arezzo; la figura desenterrada de una tumba de Volterra, inquietantemente reminiscente de las de Giacometti y apodada, debido a su extremo alargamiento, la *ombra della sera* («la sombra de la tarde»); la figura de bronce de tamaño natural y elegantemente detallada de un orador etrusco, que es uno de los tesoros del Museo Arqueológico de Florencia; y la ya mencionada y emblemática *lupa* o loba que, lanzando su mirada desafiante y fiera desde arriba, en el Capitolio, amamanta a los pequeños Rómulo y Remo. Quizá la más grande de todas las esculturas de terracota etruscas sea el *Sarcófago de los esposos*, del siglo VI a. C., actualmente en el Museo di Villa Giulia de Roma, un gran arcón en forma de cama sobre el que la joven pareja se halla grácilmente recostada, y en la que el agrupamiento y el delicado equilibrio lineal están tan delicadamente logrados que, para muchos visitantes, esta es la imagen más conmovedora y hermosa de todo el arte etrusco. ¿De qué murieron? ¿Dejaron este mundo al mismo tiempo? ¿Quién puede saberlo ahora? Fue hallada en Cerveteri, pero el centro de estatuaria más apreciado de Etruria fue Veii; hasta tal punto que el nombre de uno de sus artistas, Vulca, a quien se encargó la realización de estatuas para el gran Templo de Júpiter en el Capitolio romano, ha llegado hasta nosotros, la más excepcional de las conmemoraciones.

Los etruscos parecen haber tenido pocos alfareros autóctonos de primera línea, si es que tuvieron alguno, pero su gusto por la buena cerámica trajo obras notables de Grecia a Etruria como mercancía, las cuales acabaron sus viajes en las tumbas de los grandes personajes etruscos; la más famosa de ellas, por la sensación y la polémica que rodearon su venta al Museo Metropolitano de Arte de Nueva York y finalmente su regreso a las manos de sus auténticos conservadores en Italia en 2008, fue, naturalmente, el gran cuenco griego para vino conocido como la crátera de Eufronio, desenterrada y posteriormente robada de la necrópolis etrusca de Cerveteri, al norte de Roma. El material cerámico autóctono, que no se encuentra en Grecia, era una arcilla negra conocida como *bucchero*, usada sin pintar, con la que se hicieron miles y miles de ollas y cuencos para usos prácticos, algunos de una robusta belleza monocromática.

Puede que su arquitectura y que la mayoría de sus artefactos sagrados hayan desaparecido, pero la influencia de los etruscos está escrita por todas partes en los inicios de la ciudad Estado de Roma. Afectó al calendario: su división en 12 meses, cada uno de ellos con sus *Idus*

(mediados del mes) y el nombre del mes Aprilis eran de origen etrusco. También lo era la forma en la que los romanos se llamaban a sí mismos, con un nombre de pila y un nombre de clan. El alfabeto latino original, de 21 letras, probablemente se adaptó de una adecuación etrusca del alfabeto griego. El primer templo que se erigió en el Capitolio fue etrusco. Se dedicó a *Iuppiter Optimus Maximus* («Júpiter, el mejor y el más grande»), con sus diosas acompañantes Juno y Minerva. Ninguna ruina de él sobrevive, pero al parecer fue muy grande—de unos 55 por 60 metros, se calcula habitualmente— y, debido al necesario espacio entre las columnas, su tejado estaba hecho de madera; esto supuso, inevitablemente, que se incendiara con frecuencia. Probablemente uno se puede hacer una idea bastante aproximada de la imagen de culto de Júpiter en su tejado observando la estatua etrusca de terracota del Apolo de Veii datada hacia el año 550-520 a. C. que se halla en el Museo di Villa Giulia de Roma.

Los *ludi* de Roma, los juegos y combates de gladiadores que cobrarían una importancia política tan colosal bajo los Césares, tuvieron su origen en Etruria. Algunos de los tonos naturalistas de la escultura de retrato romana ya estaban presentes en la vívida inmediatez de las efigies de terracota etruscas.

Algunos logros técnicos romanos tuvieron sus inicios en la pericia etrusca. Aunque los etruscos nunca crearon ningún acueducto, sí que fueron diestros en la canalización de aguas, y de ahí que fueran los antecesores de los monumentales sistemas de alcantarillado de Roma. Su tierra estaba entrecruzada por acequias de hasta un metro y medio de profundidad y uno de anchura conocidas como *cuniculi*; pero después de que Etruria fuera aplastada por Roma sus canalizaciones no se mantuvieron, así que gran parte de la *campagna* situada al norte de Roma degeneró en brezales y ciénagas palúdicas y permaneció inhabitable en algunos lugares hasta que el gobierno de Mussolini la empapó de insecticidas en el siglo xx. Es probable que los etruscos inventaran el arco segmental, sin el que la arquitectura romana no se podría haber desarrollado; los griegos nunca tuvieron esta forma estructural, pero es la base del sistema de alcantarillado etrusco-romano que culmina en la enorme, y aún visible, salida de la Cloaca Máxima al Tíber.

Algunas formas etruscas de organización política fueron mantenidas, en un sentido general, por los primeros romanos, empezando (según cuenta la leyenda) por Rómulo y continuando a lo largo de los inicios de la República. Estos conservaron la institución de la realeza, respaldada por los patricios o aristócratas. Pero la realeza no era

hereditaria: al ser de una importancia totalmente fundamental su función como líder bélico, el rey era elegido (aunque no por la gente común). Como sumo sacerdote del Estado, tenía la tarea de averiguar la voluntad de los dioses mediante la aruspicina y otras técnicas de adivinación. Era el responsable del régimen fiscal y del reclutamiento. Era el líder militar. Estos aspectos constituían su poder ejecutivo, o *imperium*. Este estaba inextricablemente unido al consejo de su organismo asesor, el Senado, compuesto en su totalidad por ciudadanos libres y de prestigio: no se admitía en él a pobres, obreros ni libertos (antiguos esclavos). La costumbre era que cada patricio disfrutara de los servicios de sus «clientes» plebeyos, personas de inferior categoría (como antiguos esclavos y extranjeros) que le servían a cambio de un lugar, por pequeño que fuera, en la vida pública. La relación entre patrón y cliente resultaría ser tan duradera en la historia futura de Roma como la que se estableció entre amos y esclavos.

Y pronto desaparecería la institución de la realeza romana. En el siglo v y a comienzos del iv a. C., la aristocracia ya había salido victoriosa, y pasó a sustituir las funciones y poderes del rey por los de dos cónsules, uno sirviendo de contrapeso al otro. Cualquier importante decisión de Estado tenía que estar acordada por ambos. Cada cónsul, también conocido como pretor, era elegido para estar un año en el cargo y tenía total autoridad en materia civil, militar y religiosa. Si era necesario, un dictador podía renovar el poder real durante un período estrictamente limitado de seis meses, pero no se recurría a esto con frecuencia como recurso político, y nadie estaba dispuesto a equiparar ni a confundir la dictadura con la realeza.

La clase más numerosa de los romanos era la intermedia, que se había visto atraída a Roma para instalarse y trabajar en ella por la continua expansión de la ciudad y su territorio. Roma siguió empujando hacia el exterior: en el año 449 a. C., por ejemplo, se anexionó una gran cantidad de territorio sabino, y mantuvo una confrontación más o menos continua con las tribus de los volscos, que deseaban aislar al Lacio del mar, aunque no lo consiguieron. Los romanos consideraban que era fundamental controlar ambas riberas del Tíber y su desembocadura, y no se equivocaban. El mayor peligro de todos, en el siglo v a. C., vino del norte: los hostiles galos, que habían empezado a absorber gradualmente Etruria. En una sus incursiones, aproximadamente en el año 390 a. C., penetraron en la propia Roma, aunque no por mucho tiempo. (Se cuenta que un destacamento de reconocimiento galo había visto las huellas de un hombre en un precipicio situado jun-

to al templo de Carmentis en el Capitolio. Lograron seguir la trayectoria de estas, ascendiendo en tal silencio que ni tan siquiera un perro ladró; pero justo cuando estaban a punto de caer sobre la guarnición romana que se hallaba en la cima, alteraron a unos gansos a los que se mantenía en lo alto del Capitolio por ser sagrados para Juno. El graznido y el batir de alas de estas aves dieron la alarma a los defensores romanos, que ahuyentaron a los galos.)

La necesidad de contar con poderosas fuerzas defensivas frente a los galos y otros aumentó el valor que tenían los plebeyos para el Estado romano, que no podía defenderse solamente con los patricios; sobre todo al seguir creciendo su territorio mediante conquistas y alianzas. En el año 326 a. C. Roma tenía aproximadamente 10.000 kilómetros cuadrados; en el año 200 a. C. ya tenía 360.000 kilómetros cuadrados; en el año 146 a. C., 800.000 kilómetros cuadrados; y en el año 50 a. C., casi dos millones. Faltaba muy poco para que la ciudad del Tíber dominara todo el mundo conocido.

Naturalmente, dada la creciente importancia militar y económica que fueron adquiriendo en su inferior condición social, los plebeyos tenían reivindicaciones que plantear. Fue esta época cuando se implantó el sistema tribunicio. El sistema aristocrático hereditario del poder romano pasó a ser menos establemente rígido debido a ellos. Los plebeyos querían tener paladines, hombres que defendieran sus intereses. Se designó a varios de estos hombres, conocidos como «tribunos». Y la extensión del poder romano siguió creciendo inexorablemente. A mediados del siglo IV a. C., Roma ya había absorbido todas las ciudades latinas, y todos los latinos que vivían en Roma gozaban de los mismos derechos sociales y económicos como ciudadanos romanos. Parte de la genialidad política de Roma consistió en que, cuando absorbía otra entidad política —*socii*, se les llamaba, o aliados—, otorgaba a los ciudadanos de esta plenos derechos romanos. El acuerdo habitual, con los samnitas por ejemplo, era que las tribus y ciudades *socii* conservaran sus propios territorios, magistrados, sacerdotes, usos religiosos y costumbres. Pero esto no equivalía a democracia. Existía la opinión general de que el gobierno exigía destrezas especiales que un ciudadano o un aliado tenían que aprender y adquirir, que no venían dadas simplemente por el territorio y la propiedad de la tierra. Y muy raramente se celebraban reuniones de los plebeyos sin la presencia de observadores patricios.

El Senado de Roma se distinguía del «pueblo», de la masa de los romanos. Pero siempre se consideró que ambos trabajaran juntos en

armonía. Esto se conmemora en el que, desde tiempos inmemoriales, ha sido el emblema oficial de la ciudad de Roma, su *stemma* o emblema. Precedidas por una cruz griega, cuatro letras descienden en diagonal por el emblema: S P Q R. Estas han tenido muchas interpretaciones jocosas, desde *Stultus Populus Quaerit Romam* («Un pueblo estúpido quiere a Roma») hasta *Solo Preti Qui Regneno* («Aquí sólo mandan los curas») e incluso, en un gesto hacia el mercado doméstico, *Scusi, il Prezzo di Questa Ricotta* («Disculpe, ¿cuánto vale este requesón?»). Pero sólo significan *Senatus Populusque Romanus* («El Senado y el Pueblo de Roma»).

Pocos romanos veían algo malo en las relaciones de clase que se desarrollaban a partir de un Estado dirigido por un patriciado. Una excepción a esto fueron un par de hermanos, Tiberio Graco y Cayo Graco. Tiberio Graco fue elegido tribuno en el año 133 a. C. e intentó que se aprobara por ley una redistribución de la tierra de los ricos a los pobres. Es dudoso que le indujeran a hacerlo motivos totalmente puros y desinteresados. Lo más probable es que las medidas que propuso Tiberio Graco estuvieran más pensadas para congraciarse con una mayoría plebeya y de ese modo aumentar su propio poder. En todo caso, los patricios le cortaron las alas de forma contundente, y cuando Tiberio dio el inaudito paso de tratar de ser elegido un segundo año como tribuno, fue asesinado en un motín instigado por ellos. Una suerte muy similar corrió su hermano Cayo, que en 121 a. C., igualmente elegido como tribuno, trató de introducir leyes que habrían dado más poder a las asambleas plebeyas y grano barato a los necesitados. Los terratenientes patricios vieron estas medidas con horror y organizaron el linchamiento de Cayo Graco, y de varios miles de sus partidarios. En cuestiones de interés de clase, la República romana no titubeaba.

Indudablemente, el principal legado que los etruscos dejaron a Roma fue religioso. Polibio, el historiador griego del siglo II a. C., afirmaba que el poder romano tenía su origen en la religión romana: «La cualidad en la que el Estado romano se muestra más claramente superior es, a mi juicio, la naturaleza de sus convicciones religiosas... es precisamente aquello que entre otros pueblos es objeto de reproche —me refiero a la superstición— lo que mantiene la cohesión del Estado romano». El término «superstición» no hacía referencia a un falso miedo a fantasías irreales. Más bien, estaba relacionado con la idea compartida de *religio*, «re-ligión», una fuerte unión. No cabe duda de que el poder unificador de una religión común, vinculado en todo momento a las instituciones del Estado, reforzó la fuerza política de Roma

y aumentó sus poderes de conquista. Cicerón fue uno de los muchos que se mostraron de acuerdo con esto. «No hemos superado a Hispania en población, ni a los galos en vigor... ni a Grecia en arte», escribió en el siglo I a. C., «pero en piedad, en devoción religiosa... hemos superado a todas las razas y a todas las naciones». La mayor alabanza, el supremo adjetivo que un romano podría aplicar a otro era el de *pius*, como sucede en la *Eneida*, la epopeya en la que Virgilio loa el nacimiento mítico de Roma y las hazañas de su fundador, *pius Aeneas*. No significaba «pío» en el sentido más peyorativo del término. Implicaba la veneración de los antepasados y de sus creencias; el respeto por la autoridad de la tradición; el culto a los dioses; por encima de todo, la conciencia del deber y la dedicación a él. Era una virtud firmemente masculina, cuyas implicaciones iban mucho más allá de nuestras medrosas concepciones de la mera «piedad». El único sentimiento nacional que se aproximó al pleno sentido de la piedad romana —y puede que ni siquiera en este caso del todo— fue la creencia de los ingleses de la época victoriana de que Dios estaba realmente de su parte, compartiendo la carga del hombre blanco en la inmensa tarea de apoyar, expandir y glorificar las necesidades naturales del pueblo frente a las «gentes y tierras salvajes» que estaba destinado a dominar. Probablemente nunca ha existido una civilización en la que los imperativos religiosos estuvieran más involucrados con las intenciones políticas que la de los inicios de la Roma republicana. Esta característica de la ciudad perduraría, naturalmente; aseguró el enorme poder político que ha tenido allí la religión desde la antigüedad y hasta la Roma papal.

Ciertas prácticas religiosas llegaron directamente a Roma desde Etruria. La religión autóctona romana, antes de ser reformada mediante la adopción de los dioses griegos, era animista, no antropomórfica. Sus dioses eran espíritus bastante imprecisos y difusos conocidos como *numina*, de donde procede nuestro término «numinoso». Algunos de los *numina* sobrevivieron en la posterior religión romana, mucho tiempo después de que los principales dioses romanos se hubieran personalizado y hubieran adquirido el carácter de sus predecesores griegos, convirtiéndose Zeus en Júpiter, por ejemplo, y Afrodita en Venus.

Durante los comienzos del período de la República e incluso ya iniciado el del Principado, en el que llegó el gobierno de un solo hombre de la mano de Augusto y la República se convirtió en el Imperio, la religión romana fue un absurdo caos burocrático de dioses de segundo orden sin carácter definido que eran responsables de innumerables

funciones sociales y necesitaban una constante propiciación mediante la oración y el sacrificio. En la mayoría de los casos sólo nos han llegado sus nombres y algunas funciones no muy bien conocidas. En el crecimiento de un bebé, por ejemplo, su cuna estaba vigilada por Cunnina, su lactancia materna por Rumina, su ingestión de comidas y bebidas adultas por Educa y Potina, la pronunciación de sus primeras palabras con ceceo por Fabulinus. La agricultura atrajo una horda de dioscellos que cuidaban del arado de la tierra, de la siembra e incluso del esparcimiento del estiércol. Un *numen* cuidaba de los umbrales de las puertas, otro de sus bisagras. Entre los *numina* más importantes que han sobrevivido estaban los *lares* y los *penates*, que protegían la tierra agrícola y las casas; el «Genius», identificado como el poder procreador del padre (de ahí su posterior aplicación a la idea del talento creativo); y Vesta, la diosa guardiana del hogar del fuego, el centro de la vida familiar, en cuyo honor el sumo sacerdote designaba a «vírgenes vestales», seis en total, que comenzaban su función de niñas, a edades comprendidas entre los seis y los diez años. Se suponía que las vestales tenían que cuidar del fuego sagrado que ardía en el hogar del Estado en el templo de Venus, cuidando de que nunca se extinguiera. Si esto sucedía, serían azotadas ceremonialmente. En la práctica, esta era una designación para toda la vida; se suponía que había de durar treinta años, pero después de semejante período en el cargo era muy improbable que una vestal, que no había conocido otra forma de vida, se casara y criase a una familia, sobre todo porque no se consideraba que las mujeres que rondaran los cuarenta años o ya los hubieran cumplido reunieran las condiciones necesarias para la maternidad.

Cada uno de los dioses principales tenía sacerdotes conocidos como *flamens* consagrados a él, para que llevaran a cabo sacrificios y practicasen ritos. Estos sagrados oficios estaban envueltos de antiguos tabúes y rituales. Un *flamen* no podía, por ejemplo, montar a caballo, tocar una cabra, llevar un anillo enjoyado ni hacerse un nudo en ninguna de las prendas de ropa que llevara puestas. El origen de estos y otros peculiares tabúes es ya no solamente poco conocido, sino imposible de conocer.

Los *flamens* eran figuras importantes por dos motivos principales. En primer lugar, sus deliberaciones fueron la base primitiva de la ley y tenían parte de la fuerza coercitiva de esta: no se les podía desobedecer impunemente. En segundo lugar, como era tan deseable el hecho de tener una idea de aquello que los dioses aprobaban, de esta necesidad surgió la práctica de la adivinación.

Da la impresión de que los etruscos nunca hicieron nada importante sin tener un motivo religioso para ello, y el respeto por lo que los romanos llamaron la *disciplina etrusca* se transmitió y permaneció arraigado en los códigos de la vida pública y religiosa romana. Bien entrada ya la era del Imperio, Roma mantuvo una «escuela» de adivinos etruscos, un grupo privilegiado conocido como los *haruspices*, cuyo cometido era leer la voluntad de los dioses en los relámpagos (*fulgura*) y otros augurios, sobre todo el vuelo de los pájaros (de qué parte del cielo venían, qué velocidad llevaban y hacia dónde se dirigían) y las marcas que mostraban los hígados, las vesículas y los intestinos de los animales sacrificados. Algunos creen que las necesidades de estos vaticos observadores de aves y pájaros influyeron o incluso determinaron el emplazamiento de los templos (en las cimas de las colinas) y la orientación de sus fachadas (para que el paso migratorio de las bandadas de pájaros pudiera compararse con ellas). Al principio, *templum* no significaba edificio; se refería a un lugar apartado para la pronunciación de palabras formularias en el augurio. Puede que las necesidades de los augures también determinaran la forma de los templos: puede que el hecho de que se emplazaran sobre elevados podios y de que hubieran de tener una única fachada (a diferencia de los templos griegos) se debiese a necesidades rituales. Pero actualmente no hay forma de demostrar este tipo de cosas.

El objetivo del augurio no era simplemente predecir el futuro. Se trataba también de averiguar si era probable que una importante línea de acción contase con la aprobación de los dioses. Una manera habitual de hacer esto era consultar a los pollos sagrados. Estas aves, por lo demás comunes (no parece que existiera ningún criterio para distinguir un pollo sagrado de otro que no lo fuera), las llevaban en una jaula al campo de batalla los ejércitos romanos. Antes de la batalla, se les daba pienso. Si lo picoteaban con entusiasmo, dejando que les cayeran trozos de comida de sus picos, esto era recibido por los augures como un excelente augurio. Si ignoraban la ofrenda, aquello era una muy mala señal. Si lo comían sin ganas o parecían exigentes, eso también tenía su significado para los augures. Muchos romanos del más alto rango se tomaban esta farsa completamente en serio. Uno que no lo hizo fue Publio Claudio Pulcro, almirante de la armada romana que, justo antes de un combate entre las flotas romana y cartaginesa a escasa distancia de Drepanum durante la Primera Guerra Púnica en 249 a. C., arrojó el grano ante las aves y el augur de la nave le dijo que las aves no querían comer. «Que beban, pues», exclamó Pulcro sin pensar, agarrando

los pollos y arrojándolos al mar. Lamentablemente, perdió la batalla que tuvo lugar a continuación.

Si la *pietas* fue una de las dos virtudes que definieron la antigua Roma, la *lex*, el derecho en todas sus formas y manifestaciones, empezando por la gran y fundamental distinción entre el derecho civil y el derecho penal, fue la otra. Los romanos fueron codificadores extremadamente activos, y el corpus del derecho romano, un edificio conceptual tan inmenso que resulta imposible de resumir aquí, sigue siendo la base de todos los sistemas legales occidentales que han existido desde entonces. La primera forma que adoptó, redactada por una comisión especial de juristas en el período republicano (hacia 450 a. C.), se conoció como las Doce Tablas, y se le dio tanta importancia que cuatrocientos años después, en vida de Cicerón, todavía se obligaba a los escolares a recitarlas de memoria, aunque para entonces el código legal ya se hubiera ampliado tanto que las Doce Tablas originales, aunque continuaran siendo fundamentales, habían quedado obsoletas. Seguirían siendo la piedra angular del derecho romano durante casi mil años más, hasta que finalmente fueron sustituidas por el *Corpus Iuris Civilis* del emperador Justiniano.

¿Qué era el derecho para los romanos? Indudablemente, no era el falso principio de que «quien tiene la fuerza tiene la razón», aunque, especialmente en sus tratos con los no romanos, con frecuencia se podría suponer que eso era lo que pensaban. El código legal no era un mero código de poder, y esto fue lo que diferenció completamente el derecho romano de sus más primitivos precursores. «La justicia», escribió el jurista Ulpiano, «es una constante e indefectible disposición a dar a cada uno lo que por ley le corresponde. Los principios del derecho son estos: vivir con rectitud, no causar daño a otro hombre, dar a cada hombre lo que le corresponde. Ser docto en el derecho es conocer lo humano y lo divino, la ciencia de lo justo y de lo injusto». El derecho era dios en el código.

Sus principios, redactados por juristas como Julio Paulo (finales del siglo II d. C.) y en particular Ulpiano (Domicio Ulpiano, muerto en 228 d. C.), parecen tan elementales y obvios ahora que cuesta creer que no hayan existido siempre, pero así fue, naturalmente. «Quien tiene conocimiento de un crimen pero es incapaz de impedirlo está libre de culpa» (Paulo). «Inflige un daño quien ordena que este se inflija; pero ninguna culpa tiene quien se vea obligado a obedecer» (Paulo). «En caso de reclamaciones iguales opuestas entre sí, debería considerarse que la parte poseedora se halla en la posición más fuerte» (Pau-

lo). «Nadie está obligado a defender una causa en contra de su voluntad» (Ulpiano). Y *nemo dat quod non habet* (Ulpiano): «Nadie puede dar lo que no tiene». Estas son algunas de las 211 entradas de las «Normas generales del derecho» inscritas en el *Digesto* del emperador Justiniano.

La elaboración de las leyes era, como su propio nombre indica, la «legislación». ¿Quién elaboraba las leyes bajo la República? Las asambleas populares, divididas al principio en unidades militares y posteriormente, después del siglo III a. C., un consejo de ciudadanos comunes (es decir, no reales o patricios) conocido como *concilium plebis* o «consejo de la plebe». Sus votos y resoluciones se conocían como *plebiscita*, de donde viene nuestra idea de un «plebiscito» o votación popular general. En un principio los hombres con dinero y propiedades, los patricios, se opusieron vehementemente a la idea de que debieran estar sometidos a las mismas leyes que los plebeyos. Pensaban que ellos mismos debían elaborarse las suyas. Pero en 287 a. C. un dictador, Quinto Hortensio, aprobó una ley que establecía que todos los ciudadanos, incluidos los patricios, debían cumplir cualquier ley aprobada por el consejo de la plebe. Esta «ley hortensia» fue un hito en las relaciones de clase romanas. Privó a los patricios de su último medio para dominar arbitrariamente a los plebeyos.

Gran parte del legado físico del reino de Justiniano desaparecería. La mayor parte de los centenares de iglesias, acueductos y otras construcciones públicas erigidos por este emperador cristiano del siglo V, con ciertas grandes excepciones como la iglesia de Santa Sofía en Constantinopla, han quedado en ruinas o caído en desuso, pero no así los compendios que hizo del derecho romano antiguo. El *corpus iuris* de Justiniano, pese a los elementos griegos y cristianos que se introdujeron en él, siguió siendo fundamentalmente derecho romano, y como las constituciones imperiales se emitían en nombre tanto de los emperadores orientales como de los occidentales y se consideraban vinculantes en todo el Imperio romano, con el tiempo se diseminaron a través de las universidades de Inglaterra, Francia, España, Italia y Alemania, abarcando toda la base legal de Europa durante toda la Edad Media y hasta la época moderna.

Hablamos de la Roma de los inicios como una República, cosa que era. No obstante, no era una República en el sentido norteamericano moderno. La raíz del término, *res publica*, significaba «asuntos públicos», nada más que eso. Pero la cualidad fundamental de su vida política como República fue, como ya hemos visto, que no estuvo go-

bernada por una sucesión de reyes, sobre todo no por una sucesión hereditaria. Había logrado forjar un sistema de gobierno por el que su sociedad organizada quedaba dividida en dos amplias clases: los patricios y los plebeyos. En los primeros años de la República, los patricios mantuvieron y controlaron todo el poder político y social del Estado. Sólo los patricios podían ser elegidos para cualquier cargo, incluido el importantísimo de senador. Sólo ellos podrían ejercer como sacerdotes. Los plebeyos, por el contrario, quedaban excluidos de los colegios religiosos, de las magistraturas y por norma general del Senado; al principio también tenían prohibido casarse con patricios. Con la elaboración de las leyes y la religión en manos de los patricios, ¿qué les quedaba a los plebeyos? Sólo la agitación y la presión. Los patricios necesitaban a los plebeyos, no podían prescindir de ellos, porque tenían que formar ejércitos; todos los cargos militares hasta el de *tribunus militum* estaban abiertos para ellos. A medida que Roma siguió anexionándose cada vez más territorios dentro de Italia (y posteriormente fuera de ella), mayores posibilidades de independencia económica fueron gradualmente apareciendo ante los plebeyos.

Roma era aún una joven República cuando empezó a apoderarse de las provincias extranjeras que constituirían la base de su inmenso imperio. Para hacer esto fue necesario gozar de la supremacía naval en el Mediterráneo, pero durante los primeros quinientos años de su historia Roma no tuvo navíos de guerra. El poder naval sobre el Mediterráneo pertenecía a la ciudad de Cartago, fundada (supuestamente) un poco antes que Roma, en 814 a. C., en la costa tunecina del norte de África, por su legendaria reina Dido. Cartago gozó de un inmenso poder comercial en el Mediterráneo, y también de un considerable poder estratégico, ya que controlaba las rutas a lo largo de las cuales se enviaba y vendía el estaño, ese ingrediente esencial del bronce al alearlo con cobre en una proporción de aproximadamente 1:9. (La dureza, pero también lo quebradizo del bronce aumentaba con su contenido en estaño. Al alearlo con cinc, el cobre se convertía en latón.)

Todas las islas del Mediterráneo occidental habían sido anexionadas y colonizadas por Cartago, excepto Sicilia. Pero los cartagineses habían establecido una fuerte presencia allí, y a Roma le preocupaba la posibilidad de que toda la isla pudiera acabar siendo suya si esta se hacía aún más fuerte. En 264 a. C., Cartago ocupó la colonia griega de Messana, situada en el noreste de Sicilia. Roma entabló una alianza con los griegos y expulsó a los cartagineses de Messana, expeliéndolos también (en 262 a. C.) de las colonias de Segesta y Agrigentum. Este

fue el inicio de la Primera Guerra Púnica. (*punicus*, en latín, significaba «cartaginés».) Se ha dicho muchas veces que la guerra de Roma contra Cartago fue un error garrafal sin ninguna justificación real, pero no lo fue. Roma necesitaba *Lebensraum* tanto por mar como por tierra. No podría mover sus ejércitos libremente alrededor del Mediterráneo si Cartago seguía siendo la potencia marítima dominante. De ahí el monótono grito con el que Marco Porcio Catón el Viejo (234-149 a. C.) cerraba cada discurso que pronunciaba en el Senado: «*Delenda est Carthago*», «Cartago debe ser aniquilada». La derrota de Cartago llevó más de un siglo, pero finalmente acabó con todos los obstáculos serios a la hegemonía de Roma sobre el Mediterráneo y las tierras que lo rodeaban; el Mediterráneo se convirtió entonces, en el pleno sentido de la expresión, en el *mare nostrum*, «nuestro mar».

¿Qué tipo de fuerzas combatieron en esta guerra? ¿Qué potencia tenían? El historiador griego Polibio nos ofrece lo que probablemente sea el esbozo más equilibrado de ello. En el mar, los cartagineses eran superiores: llevaban generaciones comerciando por el Mediterráneo, sabían de barcos, «el arte de la navegación lleva mucho tiempo siendo su oficio nacional». No obstante, no tenían un ejército permanente, y hubieron de emplear a mercenarios. Los romanos eran muy superiores en el combate terrestre. Su ejército estaba compuesto por romanos y por sus generalmente leales aliados: la mayoría de los soldados romanos estaban luchando por su tierra, por sus familias y por su nación, y el uno por el otro; incentivos al valor y la obstinación que no cabía esperar en ningún ejército mercenario.

No obstante, por muy bueno que fuera su ejército los romanos sabían que no podrían derrotar a los cartagineses sin dominar el mar. También sabían que no tenían flota alguna ni la menor tradición naval. De modo que se propusieron crear una armada partiendo de cero. Según Polibio, tuvieron la suerte de capturar un prototipo enemigo que pudieron copiar: cuando las fuerzas romanas se dirigían hacia Messana en trirremes y quinquerremes (barcos de guerra impulsados por remos) contruidos y fletados por griegos, el capitán de un barco con cubierta cartaginés se sobreexcitó en su persecución y embarrancó. Los romanos «construyeron toda su flota tomándolo como modelo... si eso no hubiera ocurrido, se habrían visto totalmente impedidos... por la falta de conocimientos prácticos». Tuvieron incluso que adiestrar a sus tripulaciones remeras en modelos contruidos en tierra. Pero funcionó: la flota cartaginesa fue destruida en el mar a escasa distancia de Milas, un septirreme (un barco de guerra con no menos de siete remeros para

cada uno de sus enormes remos) y treinta quinquerremes y trirremes, todos ellos capturados o hundidos.

El trirreme, que a finales del siglo VI a. C. ya se había convertido en el barco de guerra oficial del Mediterráneo, tenía tres bancos de remeros, uno encima del otro, trabajando desde un arbotante o saledizo los situados en el nivel más alto. Su fuente de energía era un hombre por remo. Los remos eran manejables, aunque no ligeros, y tenían entre 4 y 4,5 metros de longitud. Las fuentes clásicas hablan de quinquerremes con cinco bancos de remos (o cinco remeros por remo), e incluso acerca de navíos con dieciséis bancos, pero es muy improbable que tantos remos, al tener que colocar a los remeros a tanta altura sobre el nivel del agua, pudieran funcionar, por lo inmanejablemente largos que habrían tenido que ser.

La tripulación normal de un trirreme eran 200 hombres, de los cuales aproximadamente 170 eran remeros y 15 eran marineros. Ninguno de ellos, por regla general, era esclavo; y la imagen caricaturesca de una galera romana con su contraamaestre blandiendo el látigo, recorriendo a zancadas el casco y azotando a los remeros, es improbable: generalmente, los trirremes tenían tambores y flautistas para establecer el ritmo de trabajo, y no habría tenido demasiado sentido debilitar a un remero mediante el castigo corporal. Con esta fuerza motriz, en condiciones favorables un trirreme podía alcanzar un promedio de 9 km/h en distancias largas, con picos de posiblemente 12 km/h cuando la nave estaba acelerando para embestir a un navío enemigo. Para ese fin se construía con un robusto espolón revestido de bronce que sobresalía hacia el frente, por debajo del agua, desde su proa. La otra arma que resultó ser decisiva para los romanos fue un enorme garfio de madera montado con una bisagra y un contrapeso, conocido como *corvus* por su semejanza con el pico de un cuervo; este se levantaba, la nave enemiga era embestida y después se dejaba caer el «pico», que atravesaba la cubierta del barco enemigo, destrozándola, y mantenía juntos los dos navíos para que los soldados romanos pudieran precipitarse en masa al ataque. La anchura del tablón era de aproximadamente 1,2 metros, suficiente para formar un puente. La desventaja del *corvus* era lo desestabilizadores que resultaban su engorroso peso y su volumen cuando se levantaba en vertical, bamboleándose excesivamente en un mar agitado. Su gran ventaja era que permitía a los infantes de marina romanos, siempre mejores soldados que sus adversarios púnicos, abordar las naves enemigas en alta mar.

El coste de la guerra en el mar, y de la financiación de su ejército mercenario en tierra, hizo que Cartago quedara gravemente endeuda-

da. Sólo podría recaudar dinero lanzando una conquista de Hispania, objetivo que intentó lograr bajo el generalato de Asdrúbal y Aníbal. Esto supuso atacar Saguntum, una ciudad hispana situada al sur del Ebro y aliada de Roma. Los cartagineses confiaban en derrotar al ejército de Roma en el campo de batalla y lograr así que al menos algunos de sus aliados desertaran. Aníbal no confiaba en que esto fuera a dejar a Roma reducida a la condición de potencia de segundo orden, pero sí en que quizá pusiera freno a su agresividad dejándola como una potencia entre varias. Cartago no tenía ninguna esperanza de conquistar Italia como un todo territorial, ni ningún plan para ello. «Italia» no era todavía un Estado unificado bajo el control de Roma, sino una miscelánea de principados tribales. Pero sí que confiaba en recuperar Sicilia, Cerdeña y otros territorios perdidos. Aníbal estaba convencido de que el único lugar para librar una guerra contra Roma era la propia Italia, «en tanto que si no se llevaba a cabo ningún movimiento en Italia, y se permitía al pueblo romano emplear la mano de obra y los recursos de Italia para una guerra en regiones extranjeras, ni el rey ni ninguna nación iban a poder competir con los romanos».

Los romanos no lo creyeron. Se embarcaron en la Segunda Guerra Púnica seguros de alzarse con la victoria. Ahora tenían una poderosa armada y designaron dos usos para ella. El primero fue llevar a un ejército romano bajo el mando del cónsul Publio Cornelio Escipión a entablar combate con Aníbal en Hispania y así neutralizarlo. El segundo fue enviar al otro cónsul, Tito Sempronio Longo, a invadir el norte de África y conquistar Cartago. Esto podría haber funcionado, pero los romanos se movieron con excesiva lentitud. Con el propósito de establecer una base en el valle del Po, el ejército cartaginés bajo el mando de Aníbal marchó a través del sur de la Galia y cruzó los Alpes, penetrando en el norte de Italia. ¿Por qué los cartagineses no invadieron Italia por el mar? Porque, ahora que tenía una armada, Roma podía impedir el paso de cualquier flota que intentara trasladar un ejército bordeando la costa española y después descendiendo por el Tirreno. Mover elefantes de un lado a otro tampoco era fácil; pero la ruta terrestre, incluyendo los peligros de cruzar los Alpes, parecía (pese a todas sus dificultades) la única opción viable. En otoño de 218 a. C., Aníbal y su ejército ya se hallaban entre galos amistosos en el Po. En diciembre, los romanos perdieron el valle de Po, que quedó en su totalidad en manos de Aníbal.

Y así comenzó la Segunda Guerra Púnica (218-202 a. C.). Cuando Aníbal inició su legendaria invasión del norte de Italia con sus veintiún

elefantes de guerra, tenía un ejército de menos de 35.000 hombres con los que enfrentarse a una fuerza romana total de 700.000 efectivos de infantería y 70.000 de caballería (no a todos los cuales, naturalmente, se podía desplegar juntos al mismo tiempo).

Los eruditos aún siguen debatiendo qué ruta pudo tomar Aníbal; la opinión que cuenta con más adeptos es que llevó a su ejército por los Alpes Occidentales, a través del desfiladero de Monte Cenis. Aun cuando lo hiciera, las condiciones que todos ellos encontraron fueron atroces; el camino de descenso era tan estrecho y empinado que en un punto determinado resultaba prácticamente intransitable para los caballos, por no hablar de los elefantes. Los desprendimientos de tierras se habían llevado consigo gran parte de la pared de la montaña. Pero por muy desanimados que estuvieran muchos de sus soldados, Aníbal pudo mostrarles parte de su lugar de destino desde la cima del desfiladero; en un día despejado se podía contemplar «la vista real de Italia, que se halla tan próxima bajo estas montañas que, cuando ambas cosas se ven juntas, los Alpes quedan en relación a toda Italia como una ciudadela a una ciudad».

Se podría haber supuesto que las probabilidades estaban tan a favor de Roma que la invasión de Aníbal había quedado como algo imposible. Todavía existen discrepancias acerca de la utilidad que pudieron tener esos elefantes para la campaña de Aníbal, pero existen pocas dudas acerca de que aterrorizaron a muchos soldados romanos, y el esfuerzo de mover estas grandes bestias resbalando y tropezando sobre las rocas y a través del hielo y la nieve de los Alpes debió de parecerles algo asombroso a la mayoría de aquellos que lo vieron o que oyeron hablar de ello siquiera. La marcha desde Carthago Nova (Cartagena) había costado cinco meses, y se habían empleado quince días en cruzar los Alpes. Aníbal llegó a Italia con su fuerza reducida a 12.000 soldados de infantería africanos y 8.000 ibéricos, apoyados por tan sólo 6.000 caballos; y por los elefantes que quedaban, pues aproximadamente la mitad habían muerto por el camino. No obstante, pudo hacerse con algunos refuerzos en el norte de Italia entre los formidables galos cisalpinos, que sin duda se sintieron atraídos por la posibilidad de practicar el saqueo en Roma.

Naturalmente, hacía mucho tiempo que Roma sabía que Aníbal estaba en camino. La primera confrontación entre un ejército romano, dos legiones lideradas por Publio Cornelio Escipión, y las fuerzas de Aníbal tuvo lugar en 218 a. C. cerca del río Ticino, en el norte de Italia, puerta de entrada a las llanuras a través de las cuales un ejército podría

desplazarse hacia el sur en dirección a Roma. Cartago se alzó con la victoria en el combate, de forma tan convincente que miles de miembros de la tribu de los boyos, hasta entonces aliados de Roma, desertaron y se pasaron al bando de Aníbal. Como una bola de nieve que va acumulando masa a medida que rueda cuesta abajo, el ejército de Aníbal creció a medida que fue desplazándose hacia el sur. Aplastó a los romanos en la batalla del Trebia, atravesó los pantanos del Arno, siguió avanzando hasta dejar atrás Faesulae (Fiésole) y Arretium (Arezzo), y llegó al lago Trasimeno en la primavera de 217 a. C. Allí se enfrentó a un ejército al mando del cónsul Cayo Flaminio. Fue otra aplastante derrota romana. Al parecer, los romanos no vieron a los cartagineses, ocultos por la neblina de las primeras horas de la mañana en el terreno elevado que se hallaba junto al lago. A última hora de esa mañana ya habían muerto 15.000 romanos, entre ellos el desafortunado Flaminio.

La reacción de los romanos a este desastre fue nombrar a un dictador para ponerlo al mando de su ejército. Las tácticas que siguió este comandante en jefe, Quinto Fabio Máximo, le valieron el apodo de «*Cunctator*», «El que retrasa». En lugar de enfrentarse directamente al ejército de Aníbal, eligió seguirlo y hostigarlo, con la esperanza de distraerlo y debilitarlo sin tener que librar un combate definitivo. Pero las fuerzas de Aníbal continuaron su imparable marcha hacia el sur, dejando atrás Roma y continuando hacia la costa del Adriático. Muy pronto los romanos se cansaron de las dilaciones y desearon tener una confrontación directa y decisiva con el ejército de Aníbal. El 2 de agosto de 216 a. C., dieciséis legiones romanas avanzaron para luchar contra los cartagineses cerca del pueblo de Cannas, en Apulia, al sureste de Roma. El resultado fue la derrota más sangrienta y costosa que Roma había sufrido o sufriría jamás.

En Cannas, en un solo día, el ejército de Aníbal mató a unos 50.000 romanos y aliados de estos, de los entre 75.000 y 80.000 hombres que habían iniciado la campaña. Por establecer comparaciones, hay que tener en cuenta que en el primer día de la batalla del Somme en 1916 hubo unas 57.000 bajas británicas, la mayoría de las cuales correspondieron a heridos que sobrevivieron; menos de 20.000 murieron en el acto, y las armas a las que se enfrentaron fueron ametralladoras alemanas, no lanzas y espadas púnicas. La absoluta eficacia de la masacre que el ejército de Aníbal infligió a los romanos es asombrosa. Las bajas romanas en un solo día en Cannas fueron casi tan cuantiosas como las bajas norteamericanas en combate (58.000) en toda la guerra de

Vietnam. Y todo ocurrió en un espacio de aproximadamente nueve horas, en un calurosísimo día de verano, envuelto en las nubes de polvo levantadas por las patadas de miles de hombres en su última lucha sin tregua. Varrón, el comandante romano, había colocado el grueso de su infantería en el centro, dejando en sus alas una caballería débil y móvil. Este era el despliegue clásico. Pero Aníbal lo invirtió, concentrando el grueso de su infantería en los flancos. De esta forma, los romanos pronto se vieron rodeados, y posteriormente aislados de su vía de retirada por una carga de la caballería cartaginesa por su retaguardia. Cuando los romanos intentaron retirarse, fueron aniquilados.

Tenían escasa experiencia de la derrota; desde luego, ninguna de este grado. La derrota no tenía sentido para el ejército romano. Roma era, por encima de todo, un Estado militar. El requisito fundamental para la ciudadanía era la capacidad de portar armas contra sus enemigos. El ejército romano estaba organizado como una milicia: servir en él era una inflexible condición para gozar de la ciudadanía, y en la época de las guerras púnicas ya era un aparato extremadamente sofisticado y organizado. Sus oficiales de mayor rango eran aristócratas; pero los centuriones, que estaban al mando de las unidades de combate básicas («centurias» de 100 hombres), eran plebeyos, de la misma clase social que los soldados del frente. Esto contribuyó enormemente al *esprit de corps*, al igual que los juramentos colectivos de lealtad que frecuentemente se llevaban a cabo. Nunca antes Roma había perdido una batalla importante contra un enemigo extranjero; desde luego, ninguna a esta escala casi apocalíptica. En términos de disciplina, armas, disposición de fuerzas y cadena de mando, el ejército romano estaba meticulosamente organizado para evitar que tal cosa sucediera.

La figura fundamental en esta organización era el centurión, el soldado plebeyo (no aristócrata) que había sido escogido por su valor y su eficacia en el mando entre las filas de los soldados rasos. Los centuriones, como ha señalado John Keegan, eran «líderes de unidad con un largo servicio a sus espaldas, extraídos de entre los mejores soldados rasos, [que] constituyeron el primer cuerpo de oficiales de combate profesionales del que la historia tiene conocimiento». Eran el eje del ejército, los depositarios de las destrezas acumuladas en el servicio militar, y fue gracias a ellos y al ejemplo que ellos dieron que los romanos lucharon mejor y con más tenacidad que cualquier otra tribu o nación del mundo conocido. Los centuriones convirtieron la condición de soldado en una profesión independiente; no consideraban que su trabajo fuera una vía de entrada en la clase dirigente; esto era lo que

habían nacido para hacer y para lo que se les había adiestrado, y ahí radicaba gran parte de su fuerza.

Numéricamente, la pieza clave del ejército romano era la legión, normalmente compuesta por 4.200 hombres; en épocas de crisis su fuerza se aumentaba hasta 5.000 hombres. Estos se hallaban divididos por edad y experiencia. A los reclutas más jóvenes y más novatos se les llamaba *velites*. Los siguientes en antigüedad eran los *hastati*, o lanceros. Por encima de ellos en veteranía se hallaban los *principes*, los hombres que estaban en su mejor edad, y por encima de ellos estaban los *triarii*. Generalmente una legión tenía 600 *triarii*, 1.200 *principes*, 1.200 *hastati* y el resto eran *velites*. Los *velites* eran los menos experimentados y los que iban menos armados, con un escudo (de madera laminada con un borde de metal, de poco menos de un metro de diámetro), dos jabalinas, una espada y un casco. Era frecuente que el principiante se cubriera el casco con un trozo de piel de lobo para adquirir con ello un aspecto fiero, pero también para que a su oficial de mando le resultara más fácil identificarlo en un combate.

Los *hastati* iban armados más fuertemente. Cada hombre portaba un escudo completo (*scutum*), de setenta centímetros de anchura y ciento veinte de altura, que proporcionaba la máxima protección para el cuerpo. Su curvatura convexa desviaba las lanzas y flechas del enemigo mejor que una superficie plana. También estaba hecho de tablas de madera encoladas entre sí, probablemente con juntas ranuradas; después se le aplicaba un forro de lona, de nuevo utilizando cola adhesiva de origen animal, y un revestimiento externo de piel de becerro. Sus bordes eran de hierro y tenía en su centro un *umbo* o tachón de hierro, que reforzaba la protección frente a las piedras lanzadas con honda y las picas y servía para hundírsele en el rostro a un adversario. Era pesado; las reconstrucciones que se han hecho de él, con hierro incluido, han dado un peso aproximado de entre 9 y 10 kilos.

Cada hombre llevaba su *gladius*, una espada de doble filo, diseñada para dar estocadas, aunque también era excelente para hacer cortes. Se la llamaba «espada hispana» y puede que fuera una adaptación del arma que portaban los mercenarios cartagineses en la Primera Guerra Púnica, un homenaje a sus cualidades como instrumento para matar. Era de hoja corta (esta medía aproximadamente 60 centímetros, incluyendo la espiga) y por consiguiente adecuada para el combate cuerpo a cuerpo; los soldados de infantería no hacían esgrima como d'Artagnan, apuñalaban como carniceros. Es probable que el soldado también llevase un *pugio* o daga en su cinturón. También estaba equipado

con un proyectil de relativamente gran alcance, el *pilum* o pesada lanza arrojadiza, que quizá pesara 3,5 kg, dotado de asta de fresno, empuñadura de hierro y punta barbada. Al soldado normalmente se le daban dos de estas jabalinas, aunque se disponía de otras más ligeras. Su precisión, al lanzarla, era variable naturalmente, y tenía un alcance eficaz de a lo sumo 30 metros; pero, dentro de sus límites, los *pila* eran armas formidables, con suficiente energía inercial como para atravesar el escudo del adversario y al propio adversario. En el ataque, el soldado romano lanzaba su *pilum* y después cargaba hacia delante para combatir a corta distancia con el *gladius*. Las descripciones de Cannas incluyen los aterradores silbidos producidos por las lluvias de *pila*, que debieron de ser tan temibles como el silbido de aproximación de los obuses en las batallas del siglo xx.

Los otros dos tipos de arma acabada en punta que utilizaba el ejército romano eran la lanza de caballería, más larga que el *pilum* y que no se lanzaba a modo de proyectil, y el *hasta*, una larga lanza para dar estocadas. También había artillería, de un tipo primitivo y poco manejable: grandes disparadores de flechas o lanzaderas de piedras que empleaban la energía acumulada en tendones animales enrollados. Pero no parece que estos toscos artefactos desempeñaran jamás un papel decisivo en la guerra: posiblemente tuvieran cierto efecto psicológico, pero su alcance era limitado y su precisión escasa.

Ya hemos hablado bastante de su armamento. ¿Qué hay de su defensa? Al nivel colectivo del ejército que estaba en camino, avanzando, los romanos mostraron una fortaleza y una energía únicas a la hora de protegerse a sí mismos. Sabiendo que era probable que los «bárbaros» de los territorios ocupados atacaran por la noche, cuando los invasores romanos estaban cansados de los esfuerzos realizados durante el día y cuando era probable que la oscuridad favoreciera la confusión y el pánico, los romanos no terminaban el día al final de la marcha de cada jornada. Aún tenían que levantar un campamento: este no era una mera serie de tiendas, sino un *castrum* o campamento rectangular totalmente fortificado, como una ciudad erigida de la noche a la mañana, con una muralla, un foso (realizado al excavar la tierra para levantar la muralla) y todo lo que fuera necesario para proteger al grueso de las tropas. La muralla o «circunvalación» se hallaba a unos 60 metros de las tiendas, para que los proyectiles disparados o arrojados desde el exterior de la barrera no pudieran alcanzarles o provocar excesivos daños si lo hacían. El espacio que quedaba entre la muralla y las tiendas también permitía movilizarse rápidamente o contener al-

gún botín, como ganado. Todo el perímetro estaba sometido a una fuerte vigilancia, y terribles castigos esperaban a cualquier soldado que actuara con negligencia durante su turno de guardia. El más habitual era el *fustuarium* o paliza, descrito por Polibio. El acusado era juzgado por un consejo de guerra de tribunos legionarios. Si se le hallaba culpable, uno de los tribunos le tocaba con su garrote, momento a partir del cual todo el campamento le atacaba con palos y piedras, normalmente matándole en el propio campamento. «Pero ni siquiera aquellos que consiguen escapar se salvan por ello: ¡imposible! Pues no se les permite regresar a sus hogares, y ninguno de sus parientes se atrevería a recibir a un hombre así en su casa. De modo que [está] completamente perdido.»

Para la defensa de los soldados individuales había armaduras. Cada hombre tenía un casco, que podía ser una simple bacía de metal o el que los arqueólogos llaman modelo «Montefortino», con un estrecho protector para el cuello y grandes carrilleras protectoras. En la literatura se mencionan las grebas que protegían las espinillas, aunque no se ha encontrado ninguna. Los *pectorales* de bronce para proteger el corazón no eran infrecuentes, aunque no todos los soldados recibían uno. Aquellos que podían permitírselo, pues no eran artículos baratos, llevaban una *lorica* o coraza de cota de malla, una camisa hecha de anillos de metal, que se llevaba puesta sobre una prenda interior acolchada. Pesaba unos 15 kg y habría sido agotadora en un día caluroso como aquel en el que se libró la batalla de Cannas.

El sistema romano estaba concebido para producir combatientes idénticos con el mismo adiestramiento básico. Las tropas de Aníbal no eran así. Al ser mercenarios, venían de África y de todo el Mediterráneo, y tenían sus propias tradiciones y técnicas de combate, aunque parece que todos sus oficiales de alto rango eran cartagineses. El ejército contenía númidas, iberos, libios, moros, gétulos y celtas. Había especialistas en determinados tipos de guerra que procedían de zonas concretas. Así, a las islas Baleares se las llamó así por los honderos que estas producían en la antigüedad, siendo *ballein* la palabra que en griego significaba «lanzar», como en «balística».

Las fuerzas púnicas no tenían la acérrima lealtad a los principios legionarios que ayudaba al ejército romano a reponerse en momentos de crisis, y al fin y al cabo sólo les importaban dos cosas: vencer y cobrar. Y esta vez vencieron, sí, combatiendo con la más febril determinación hasta que la pisoteada tierra de Cannas quedó convertida en un pantano de sangre, tripas, excrementos y extremidades cercenadas,

tan denso y resbaladizo que un hombre apenas podía moverse sobre él sin caerse.

La batalla de Cannas provocó un paroxismo de superstición social en Roma. El invierno de 218 a. C. se convirtió en una época de contemplación de prodigios. En el Foro Boario (el mercado de ganado) un buey escapó de su encierro, subió al tercer piso de una casa y después saltó al vacío, como si se suicidara llevado por la desesperación. En el Foro Holitorio (el mercado de la verdura) cayó un rayo sobre el templo de la Esperanza. Una lluvia de guijarros cayó de un cielo despejado en Picena. En el cielo se vislumbraron hombres con vestimentas luminosas. Un lobo salvaje corrió hasta donde se hallaba un centinela en algún lugar de la Galia, agarró con sus dientes la espada de este, que se hallaba dentro de su vaina, y salió corriendo con ella. Y lo peor de todo, dos vírgenes vestales llamadas Opimia y Floriona fueron declaradas culpables de impureza; una de ellas se quitó la vida, la otra fue enterrada viva, como exigía el ritual.

La cantidad de prisioneros capturados en la victoria de Aníbal fue tan grande que el Senado romano tuvo que idear un plan para reconstruir el ejército. Se sabía que Aníbal andaba escaso de dinero; ¿se prestaría al soborno, quizá? ¿Se podría pagar un rescate por los cautivos? No, dijo el Senado; cabía la posibilidad de que eso agotara el tesoro romano. Entonces el cónsul Tiberio Graco propuso que se compraran esclavos con dinero público y que se les adiestrara para el combate. Aproximadamente 10.000 fueron reclutados a la fuerza de esta manera. Se llevaron a cabo grandes proyectos de emergencia, a instancias de Escipión, el destructor de Cartago, para reforzar la flota de Roma. Se construyeron las quillas de treinta navíos —veinte quinqueremes y diez cuatrirremes— trayendo de toda Etruria la madera y todos los avíos para ello; en menos de cuarenta y cinco días desde la llegada de las primeras remesas de madera, según consignó Tito Livio, se botaron los primeros navíos «con todos sus aparejos y armamento».

La derrota en Cannas también sembró el pánico entre los aliados de Roma en el sur de Italia, aunque la lealtad de los del centro de Italia se mantuvo incólume. «Los campanios», observó el historiador Tito Livio, «no sólo podrían recuperar el territorio que los romanos les habían arrebatado injustamente, sino que también podrían obtener autoridad sobre Italia. Porque suscribirían un tratado con Aníbal imponiendo sus propias condiciones». Esta esperanza fue ilusoria; tras la derrota de Aníbal, los romanos reconquistaron Capua, la capital de Campania, e infligieron terribles represalias a sus ciudadanos.

La presencia de Aníbal en Italia no podía durar y no lo hizo, pero su genio militar hizo que los romanos fueran incapaces de derrotarlo en su propio territorio. Fueron haciéndole retroceder lentamente hacia el sur y su ejército se debilitó en el proceso. Su hermano Asdrúbal condujo un ejército hacia Italia para reforzar a Aníbal, pero no lo consiguió, y en 207 a. C. un ejército romano le derrotó en el río Metauro. Finalmente, a Aníbal no le quedó más remedio que abandonar Italia porque Roma lanzó una expedición, bajo el mando de Escipión, contra la propia Cartago. Esto obligó a Aníbal a retirarse a África para combatir en defensa de su propio país. Dos años después, Aníbal fue derrotado por primera vez por un ejército italiano, en la batalla de Zama, en el norte de África, en territorio púnico. Los romanos se cobraron entonces al menos una venganza parcial por la derrota de Cannas, aunque no con una carnicería de la misma envergadura. Pero Cartago jamás volvería a ser una potencia naval del Mediterráneo; Roma, por fin, le había arrebatado su puesto.

Las guerras contra Aníbal habían provocado en Roma cambios que fueron más duraderos y, en algunos aspectos, más profundos que las meras bajas militares. A veces sucede que una enorme y traumática derrota en la guerra provoca un arrebato de fe religiosa entre los vencidos, y al parecer esto sucedió en Roma en los años posteriores a Cannas. Empezaron a aparecer todo tipo de cultos y creencias que anteriormente habían sido exóticas o marginales, sobre todo entre las mujeres romanas, con cuya colaboración siempre se podía contar cuando se trataba de experimentos religiosos. Un pueblo traumatizado por una derrota colosal no se sentirá satisfecho por una religión estatal meramente ceremonial. Querrá que los dioses sean más cercanos, que cuiden y protejan, que respondan más a la oración y el sacrificio.

Estas necesidades no podían satisfacerlas ni los imprecisos dioses de la religión romana tradicional ni los nuevos y más duros dioses. Los dioses griegos, en cambio, sí cumplían los requisitos. Sus imágenes, y los rituales que se les dirigían, eran menos rígidos, destilaban una mayor compasión hacia los humanos y eran más participativos. Roma asistió entonces a una expansión de religiones místicas de raíz griega. Y estas cada vez tuvieron más adeptos, porque Roma sentía un inmenso deseo de ser considerada como parte del mundo que los griegos habían civilizado. Roma quería tener una literatura nacional basada en los modelos griegos, empezando por Homero. Cada vez eran más los intelectuales y los políticos que consideraban que el griego era el auténtico idioma de la civilización, especialmente ahora que una parte

tan grande de Grecia había sido absorbida en cuerpo y alma por Roma mediante conquistas y tratados.

Roma estaba llena de exiliados griegos y su atmósfera estaba cargada de los prolijos y seductores razonamientos de estos, del mismo modo que los suelos de templos y villas estaban plagados de esculturas griegas (o de aspecto griego). Ciertamente es que algunos veteranos tradicionalistas romanos se opusieron y se resistieron a la creciente influencia de la cultura y la filosofía helénicas en las costumbres romanas. Uno de ellos fue Catón el Viejo, que «tenía un completo desprecio por la filosofía, y llevado por un celo patriótico se mofaba de toda la cultura y el saber griegos... declaró, con una voz más impetuosa que la que le correspondía a alguien de su edad, como con la voz de un profeta o un vidente, que los romanos perderían su imperio cuando empezaran a contaminarse con la literatura griega. Pero en realidad el tiempo ha demostrado lo vana que fue esta profecía de condena, pues fue en la época en la que la ciudad estaba en el apogeo de su imperio cuando hizo suyos toda la cultura y el saber griegos». Catón era tan extremista en su aversión al lujo, considerado por él una distracción griega, que incluso intentó, afortunadamente sin éxito, hacer que se arrancaran las tuberías de distribución principal de agua instaladas en las casas particulares romanas.

El romano más importante cuya formación se basó, de una manera fundamental, en las ideas y la retórica griegas en plena época de la Roma republicana fue Marco Tulio Cicerón (106-43 a. C.), el más grande orador de Roma y ferviente partidario de la República. Había empezado su formación como orador a los dieciséis años (89 a. C.), bajo el consulado de Sila y Pompeyo. Su influencia cultural fue mucho más allá de la oratoria y no disminuyó tras su muerte. Sus cartas se recopilieron y escribió tratados de retórica, moral, política y filosofía; él pensaba que su logro más duradero sería su poesía (aunque en eso se equivocó: Tácito observó mordazmente que, como poeta, Cicerón tuvo menos suerte que César o Bruto, porque sus versos habían llegado a conocerse y los de estos últimos no). Podía ser letal en el ataque, incluso contra figuras secundarias; un político que ha caído en el olvido quedó ensartado por un solo comentario suyo: «Tenemos un cónsul vigilante, Caninio, que no durmió ni una sola vez durante todo el período que estuvo en el cargo». Caninio sólo había durado un día en el cargo.

Gran parte de lo que Cicerón dijo sobre Roma y sus gobernantes sigue siendo cierto hoy día. «Nada es menos fiable que el populacho,

nada más difícil de interpretar que las intenciones humanas, nada más engañoso que todo el sistema electoral.» Estaba completamente desengañado respecto a los orígenes de la mayoría de las acciones sociales: «Los hombres se deciden ante muchos más problemas dejándose llevar por el odio, el amor, la lujuria, la rabia, el dolor, la alegría, la esperanza, el miedo, la ilusión o alguna otra emoción interior, que por la realidad, la autoridad, cualquier norma legal, precedente judicial o estatuto». Y era muy perspicaz en lo relativo a la debilidad humana: «¡Los mayores placeres», comentó, «sólo se hallan separados por un estrecho margen de la repugnancia». ¡Qué gran psicoterapeuta habría sido este romano! Siempre se puede leer a Cicerón con provecho, y los escritores ingleses de los siglos XVII y XVIII, entre ellos Shakespeare, lo hacían continuamente, citándole con profusión.

De todas las corrientes de pensamiento griegas que desembocaron en la vida intelectual romana, fue el estoicismo la que tuvo una mayor repercusión sobre Cicerón y sobre las ideas romanas en general. El estoicismo fue una escuela de filosofía helenística fundada en Atenas por un tal Zenón de Citio a comienzos del siglo III a. C. (El nombre venía de un lugar de encuentro en Atenas en el que Zenón enseñaba, una columna que dominaba el Ágora y que era conocida como la *Stoa Poikilé* o «pórtico pintado».) La premisa fundamental del estoicismo era que había que rehuir las emociones extremas, que podían ser destructivas; el sabio se desembarazará de la ira, los celos y otras molestas pasiones y vivirá en un estado de serenidad y paz interior; sólo de esta manera podrá discernir la verdad y orientar adecuadamente sus actos. «No permitas que se aferre a ti nada que no sea tuyo; que crezca en ti el gusto por nada que pueda atormentarte cuando te lo arranquen», aconsejaba el estoico Epicteto (55-135 d. C.). El ideal era la *askesis*, la «paz de espíritu»; el estoico no predica la indiferencia ni la anestesia; muy al contrario, propugna una razonada concentración en las verdades de la vida. Sólo así podía hacerse concordar la razón humana con «la razón universal de la naturaleza». En palabras de uno de los estoicos más célebres, el emperador Marco Aurelio (121-180 d. C., reinado 161-180 d. C.): «Al despuntar la aurora, hazte estas consideraciones previas: me encontraré con un indiscreto, un ingrato, un insolente, un mentiroso, un envidioso, un insociable. Todo eso les acontece por ignorancia de los bienes y de los males. Yo no puedo recibir daño de ninguno de ellos, pues ninguno me cubrirá de vergüenza; ni puedo enfadarme...».

Es evidente que el estoicismo casaba bien con la idea romana del deber y la *pietas*. Los romanos entre quienes fue popular, y de estos

hubo muchos, quizá estuvieran menos interesados en la idea estoica de que todos los hombres eran necesariamente imperfectos que en el mandato estoico de apretar los dientes y hacer frente a la adversidad, el cual tuvo un fuerte eco en toda la cultura de Roma y entre muchos de sus intelectuales y figuras públicas. Cicerón fue una de ellas, y este mostró además una fuerte inclinación filosófica y meditativa, la cual se manifestó en sus muchos discursos y voluminosos escritos. El gran proyecto de su vida política fue mantener y defender el ancestral sistema de gobierno republicano. Quiso lograr una «concordia» de los conservadores y senatoriales aristócratas con la codicia de la clase de los ecuestres, que cada vez era más numerosa, pero esto estaba más allá de sus posibilidades, al igual que lo habría estado de las de cualquiera. Ni Cicerón ni nadie habría podido desviar la dirección principal de la política de esta Roma en el siglo I a. C.: el movimiento hacia el gobierno de un solo hombre.

La figura emblemática de este movimiento fue Julio César.

Algunos linajes familiares duran siglos, son de la máxima nobleza y no obstante, por motivos que se desconocen, no producen ningún individuo que alcance especiales logros o prestigio. Uno de ellos fue el clan de los Julio, uno de los más antiguos y distinguidos de Roma, que afirmaba descender del propio Eneas, de su madre la diosa Venus y de su hijo Iulus, afirmación que por lo general se aceptaba. La mayoría de sus miembros no hicieron gran cosa y fueron medianías. Pero hubo dos brillantes excepciones, hombres que transformaron Roma por completo, su política interior, su cultura y sus relaciones con el resto del mundo, y que fueron, sin competencia alguna, las más excepcionales figuras de poder de su época.

El primero de estos fue Cayo Julio César (100-44 a. C.). El segundo fue su sobrino nieto, su heredero legal y político y el primer emperador de Roma, Cayo Julio César Octaviano (63 a. C.-14 d. C.), conocido en un principio como Octaviano y posteriormente, en Roma y en el mundo, tras su trigésimo sexto cumpleaños, como César Augusto.

La carrera de Julio César tuvo un lento comienzo. Se había pasado los años 75-74 a. C. estudiando oratoria y retórica en Rodas, tras lo cual emergió como un perfeccionado y muy refinado orador, extraordinariamente equipado para la vida política pública. No era dado a pronunciar floridos discursos, algo que, como sabe cualquiera que lea la prosa escueta y desprovista de adornos de sus posteriores comentarios sobre la guerra, no era su estilo, pero sí que tenía un talento ejem-

plar para destacar el meollo de una cuestión e ir directamente a él. En el viaje de regreso de Rodas mostró un anticipo de su futura dureza cuando unos piratas capturaron su barco y César pasó a ser su prisionero durante un breve lapso de tiempo. Juró que crucificaría hasta al último de ellos, y con el tiempo lo hizo.

Cicerón, que también era un orador extraordinario, fue el más perspicaz crítico de la oratoria de la época, y dijo de él que era el más elegante de todos los oradores romanos. Pero quizá otros pudieran competir con Julio César en el estrado. En lo que él sobresalió fue en la manipulación de la política y, posteriormente, en el mando de los ejércitos en el campo de batalla. En la política, en un primer momento mostró brevemente su inclinación hacia los *optimates* o los «hombres excelentes». Este fue el nombre que adoptó la clase alta romana, el partido de la riqueza y el poder que se definía a sí mismo y sus intereses en contra de los *populares*, un «partido del pueblo» de trabajadores, granjeros y pequeños comerciantes, movilizado y encabezado en un principio por los hermanos Graco hacia el año 133. a. C. Antes de ir a Rodas para estudiar retórica, César había confirmado su cada vez mayor filiación con el partido popular casándose con Cornelia, la hija de Cina, que era uno de los principales adversarios de Lucio Cornelio Sila (138-78 a. C.), líder de los *optimates*, el cual le había proporcionado a Pompeyo su formación política básica.

Sila era un vengativo y despiadado patricio que, por mero empuje y astucia, había obtenido un consulado y el mando contra Mitridates, el rey persa del Ponto, que había invadido imprudentemente las provincias de Roma en Asia. Sus enemigos políticos en el ámbito doméstico, miembros de la facción de los *populares*, anularon el mando de Sila, tras lo cual este se retiró a Capua y reunió a seis legiones que estuvieran dispuestas a ir con él contra el gobierno de Roma y, una vez que hubieran tomado la ciudad, a perseguir a Mitridates en Asia. En 86 a. C., Sila y sus legiones invadieron Grecia y conquistaron Atenas. Desde allí regresó a Italia, volviendo su ejército cargado con el botín. Tras desembarcar en Brundisium en 83 a. C., se unieron a él y a su ejército Pompeyo, Craso y un senador ultraconservador, Metelo Pío, con todos sus hombres. El gobierno romano no pudo oponerles resistencia durante demasiado tiempo. En menos de un año, Sila ya había tomado Roma y fue proclamado dictador de Italia. Entonces inició un reinado del terror mediante las «proscripciones», incluyendo en una lista pública de condenados a muerte a todo aquel que fuera o que pudiera haber sido enemigo suyo; cualquier soldado podía asesinarlos, sus propiedades

iban a parar a manos del Estado (concretamente, a las de Sila) y se animaba a todos los ciudadanos a traicionar y denunciar a todo aquel que desearan: una anticipación de la justicia estalinista, simple y llanamente. De este modo, se piensa que Sila eliminó a cuarenta senadores y a 1.600 *equites*, cuyos hijos y nietos también quedaron excluidos de la vida pública. Así fue el modelo y protector político de Pompeyo.

En 68 a. C., César había sido enviado como *quaestor* o magistrado a Hispania Ulterior; en ese año murió su esposa Cornelia, y César contrajo lo que claramente fue un matrimonio político con Pompeya, una muchacha de la familia de Pompeyo. Entonces le eligieron como *aedile*, un cargo de gran importancia para los plebeyos de Roma, ya que hacía responsable a su titular de los templos, los mercados y (lo más revelador de todo) el suministro de grano, algo que daba muchos votos. Durante esta época gastó pródigamente en la restauración de templos y la celebración de espectáculos públicos, en especial los de gladiadores. Tuvo que pedir dinero prestado al inmensamente rico cónsul Marco Craso, destructor de la revuelta de esclavos encabezada por Espartaco, que desconfiaba de Pompeyo pero no tenía reparos en financiar las estrategias de su yerno, que tenían como fin congraciarse con los plebeyos. Naturalmente, el coste de granjearse popularidad de esta manera hizo que César quedara muy endeudado con Craso y los *optimates*, que no confiaban del todo en él. Para llegar más lejos como político, necesitaba evitar las sospechas de estos: ser nombrado cónsul y después obtener un mando militar de importancia, cuyas victorias fueran tan irrefutables como las de Pompeyo. En Roma, César fue nombrado senador en 59 a. C. Estableció una alianza con Pompeyo y Craso (el «Primer Triunvirato») y se unió a Pompeyo, que ya era cónsul, para derogar algunas de las alteraciones más extremas y parciales que Sila había hecho a la Constitución. No había el menor indicio, por el momento, de discordia alguna entre Pompeyo y César. De hecho, Pompeyo, en 59 a. C., se casó con Julia, la hija que el propio César había tenido con su primera esposa Cornelia, completando así una perfecta simetría matrimonial.

En 58 a. C., como procónsul, César asumió el control de la Galia tanto Cisalpina (el valle del Po en el norte de Italia) como Transalpina (el sur de Francia, que él llamaba «la provincia», un nombre que desde entonces se conmemora como Provenza), así como de Illyricum (Dalmacia). Desde 58 hasta 50 a. C., César se concentró en las fronteras galas al norte de Roma, desgastando metódicamente toda resistencia opuesta por los galos. No tenía dudas a la hora de decidir cuál debía ser

la política exterior de Roma. Roma tenía que conquistar e intimidar a cualquier Estado o pueblo que pudiera causarle problemas. Esa había sido la lección principal de Cannas. Todos estaban de acuerdo en esto, incluso Cicerón, que detestaba bastante a César personalmente pero le admiraba políticamente:

No ha creído que solamente era necesario hacer la guerra a aquellos que vio que ya estaban en armas contra el pueblo romano, sino que también se había de someter toda la Galia a nuestro dominio. Y para ello ha combatido contra los más feroces pueblos, en enormes batallas contra germanos y helvecios, con el mayor éxito. Ha aterrado, ha confinado y ha sojuzgado a los demás pueblos, y los ha acostumbrado a obedecer el imperio del pueblo romano...

En 56 a. C. faltaba ya poco para que César completara su conquista y pacificación de la Galia. La mayor parte del territorio había entrado en vereda y ya era una provincia romana, salvo por esporádicos brotes de feroz resistencia. En sus *Commentarii de bello Gallico*, César describió cómo los fieros helvecios, tras abandonar su territorio, situado en lo que actualmente es Suiza, habían emigrado a la Galia, con la intención de llegar hasta el canal de la Mancha y reasentarse allí. Los ejércitos de César les atacaron durante su migración, y en Annecy, junto al río Arroux, este los aniquiló por decenas, quizá centenares o miles, obligando a los supervivientes a retroceder hacia Suiza. Las tribus germanas intentaron la misma infiltración en la Galia, a la que siguió la misma costosa expulsión. Al norte del Sena estaban los llamados belgas, un pueblo belicoso compuesto fundamentalmente por germanos unidos en matrimonios mixtos con celtas. Recelaban enormemente de César, y con razón. Cuando César estableció su cuartel general de invierno en territorio galo, y dio todas las muestras de tener la intención de quedarse allí, movilizaron a no menos de 300.000 guerreros. La respuesta de César fue reunir a dos legiones más en la Galia Cisalpina, aumentando su fuerza total a ocho.

La cohesión de los ejércitos belgas comenzó entonces a desintegrarse, debido fundamentalmente a la escasez de suministros. Sólo la tribu conocida como los nervios pudo mantener un ejército en el campo, y César los aniquiló en una batalla junto al Sambre en 57 a. C. Por consiguiente, la resistencia en la Galia sólo duró dos temporadas militares. Al final se dio muerte, como mínimo, a un tercio de todos los galos que se hallaban en edad militar, y otro tercio de ellos fueron ven-

didados como esclavos: un castigo que prácticamente destruyó a toda la población masculina de la provincia, la dejó incapaz de oponer más resistencia, e hizo a César aún más colosalmente rico que antes. El líder galo Vercingétorix, una brillante y carismática figura que le había opuesto a César la resistencia más complicada y tenaz a la que este se había enfrentado en toda su carrera, fue sitiado y finalmente capturado en Alesia en 52 a. C. Lo llevaron encadenado a Roma, le hicieron desfilar en el triunfo de César y después lo estrangularon ignominiosamente en una mazmorra.

En el año 52 a. C. ya quedaba escasa oposición a Roma, y en el 50 a. C. ya no existía ninguna. La conquista de la Galia hizo que Roma pasara de ser una potencia mediterránea a ser una paneuropea, ya que (en palabras del historiador Michael Grant) «una inmensa conglomeración de territorios de la Europa continental y del norte habían quedado dispuestos para su romanización». También cambió radicalmente a la Galia, transformándola, en la práctica, en una forma embrionaria de Francia. Esta se abrió a la cultura clásica aunque pagando un alto precio de sangre y sufrimiento.

Con la idea a largo plazo de ampliar aún más el *imperium* de Roma, en 55 a. C. César envió una expedición que atravesó el Rin y penetró en Germania, con resultados no concluyentes; no se trató tanto de una invasión como de una sonda. Se hizo con el fin de demostrar a los germanos el poder romano en su territorio, disuadiéndolos de cruzar a la Galia. Un tribu germana amistosa, o cuando menos sumisa, la de los ubios, le ofreció barcos a bordo de los cuales sus tropas pudieran atravesar el Rin, pero César los rechazó: no causaría una buena impresión depender de los germanos para entrar en Germania. En lugar de ello, mediante recursos de ingeniería que no quedan claros en su propia explicación de los hechos, sus hombres construyeron un puente de madera de un lado a otro del imponente río. Su ejército se pasó unas tres semanas saqueando e incendiando aldeas situadas en la ribera germana y después se retiró tras haber dejado claro su mensaje, y demoliendo su puente tras ellos.

A continuación se envió una expedición a Britania. No está claro por qué deseaba César invadir la isla, que nunca antes había sido atacada por Roma. Quizá sospechara que los britanos fueran a unirse a los galos en algún contraataque posterior; quizá se sintiera atraído por las exageradas historias que se contaban acerca de las fabulosas riquezas (oro, plata, hierro y perlas) que podían saquearse allí. O quizá simplemente quisiera información sobre este desconocido lugar y nadie pu-

diese proporcionársela. Fuera cual fuese el motivo, en el año 55 a. C. llevó una flota de navíos de transporte y soldados directamente a la costa sureste de Britania, donde se toparon con un clima terriblemente adverso y con una feroz resistencia por parte de la infantería y la caballería de los «bárbaros». Finalmente, los romanos consiguieron desembarcar (donde actualmente se halla la ciudad de Deal) y hacer que los britanos pidieran la paz, pero no penetraron demasiado en el interior; fue una victoria superficial en el mejor de los casos, y regresaron con escasa información y aún menos botín.

César volvió a intentarlo al año siguiente, en el 54 a. C. Reunió una nueva flota de unos 800 navíos, que transportaban cinco legiones y 2.000 efectivos de caballería. Esta vez las condiciones climáticas fueron más favorables y los romanos avanzaron combatiendo hacia el norte, cruzando el Támesis con la intención de atacar al comandante britano Casivelono. Sitiaron la fortaleza de este rey en Hertfordshire, y lo capturaron; se llegó a acuerdos de rendición con él. Pero entonces llegaron noticias de que se estaba gestando una insurrección entre los galos, de modo que César retiró su ejército a regañadientes a través del canal de la Mancha; la conquista completa de Britania, y la reducción de esta a una provincia de Roma, tendría que esperar casi un siglo, hasta que los ejércitos del emperador Claudio la logran.

Pero precisamente por lo poco que se sabía sobre Britania en Roma, el mero hecho de ir hasta allí dotó a César de un halo de misterio y celebridad en su país, que se sumó a la gloria que se había granjeado con su conquista de la Galia y al número de lectores que habían llegado a tener sus brillantes *Comentarios*, el mejor libro sobre la guerra que un romano había escrito jamás. Además, ahora era enormemente rico gracias a la venta de los prisioneros de guerra galos como esclavos. Fue más allá en su compra de influencias. Se dice que uno de los cónsules del año 50 a. C., Lucio Emilio Paulo, se embolsó 36.000.000 sestercios de César: esto, en un momento en el que un soldado del ejército romano que estaba en el frente cobraba 1.000 sestercios al año. Incomparablemente rico, abrumadoramente popular: ninguna circunstancia podría haber sido más propicia que esta para desarrollar una importante carrera política en Roma.

El gran problema era que no podía regresar a Roma. No podía volver con sus legiones, porque la ley prohibía que ningún comandante entrase en la ciudad con sus tropas. Pero tampoco podía regresar sin ellas, pues eso habría significado renunciar a su mando y exponerse a ser procesado por sus muchos enemigos.

Pero había estado desplazándose hacia el sur. En enero del 49 a. C. el Senado le envió órdenes de que disolviera su ejército. César las recibió en la ribera norte de un pequeño río llamado Rubicón, la línea divisoria entre la Galia Cisalpina y la Italia propiamente dicha. (El nombre, que venía del latín *ruber*, «rojo», se refería al color de su agua, llena de arcilla.) La reacción de César ante esta carta fue rápida y firme. «Por lo que a mí respecta», declaró en su *Guerra Civil* (1.9), «siempre he considerado que la dignidad de la República tiene la máxima importancia y es preferible a la vida. Me indignó que mis enemigos quisieran arrebatar-me insolentemente una ventaja que me había otorgado el pueblo romano». Y así, en esa legendaria frase que ha llegado a referirse a la toma de cualquier decisión trascendental e irrevocable, cruzó el Rubicon y entró en Italia con sus tropas.

Esto inevitablemente suponía la guerra civil. El comandante de las tropas de Roma en la guerra fue Cneo Pompeyo Magno (106-48 a. C.), conocido en la historia como Pompeyo, comandante hábil y muy experimentado, el único hombre en Roma capaz de hacer frente a Julio César. Hasta este momento la carrera de Pompeyo había estado jalada por brillantes éxitos, que también habían servido para poner espectacularmente de relieve los puntos débiles del obsoleto sistema republicano. En adelante, la política romana tendría que ver cada vez menos con la democracia, y estaría cada vez más determinada por ambiciosos individuos respaldados por sus propios ejércitos.

Muy pronto en su carrera, Pompeyo empezó a mostrar todos los indicios de que iba camino de convertirse precisamente en esa clase de prototípico hombre fuerte, absolutamente implacable y decidido a hacerse con el poder. Sila había reconocido que el creciente Imperio de Roma no iba a poder gobernarse por aclamación popular, mediante votación democrática. Ese sistema era demasiado rígido. Por consiguiente, su política consistió en retirar la autoridad y el poder político del Estado a los tribunos, los magistrados y la asamblea popular de Roma, que para él no era más que chusma, y devolvérselos al Senado. Bajo el nuevo sistema de Sila, los senadores recuperaron todos sus poderes judiciales, mientras que cónsules y pretores, despojados de su poder militar, tuvieron que conformarse con ser los buenos servidores del Senado. Pero había una pregunta: ¿y si algún nuevo caudillo romano de repente atacaba el Senado con sus fuerzas y los expulsaba de allí sin más? La solución de Sila fue aprobar una ley según la cual no habría ninguna fuerza armada romana en Roma. En cuanto cualquier soldado, o sus oficiales, cruzaran los límites de la *urbs Romae*, automáti-

camente tendrían que deponer sus armas, renunciar a su mando y convertirse de nuevo en ciudadanos particulares. Naturalmente había que hacer cumplir esta ley, cosa de la que Sila, el vencedor de la guerra contra Mitridates, el rey de Ponto en Asia Menor, se encargó sin demora. Había acumulado enormes reservas de botín y dinero en metálico, y estas habían financiado su invasión de Italia en 83 a. C. Naturalmente esto no se consiguió sin problemas, pues había un fuerte sentimiento anti-Sila tanto en Sicilia como en el norte de África, y Sila consiguió el apoyo del brillante e implacable joven Pompeyo para suprimirlo, algo que este hizo con incontroladas matanzas y derramamiento de sangre. En 81 a. C., las facciones anti-Sila ya habían sido aplastadas, y Pompeyo, que tan sólo contaba con 25 años entonces, ya se hallaba en situación de exigirle a Sila un triunfo total cuando regresara a Roma, y que el cognomen de *Magnus*, «Pompeyo el Grande», acompañara a su nombre. No se podía negar que Pompeyo se había abierto paso hasta el exclusivo nivel social de la clase alta dirigente de Roma, los *optimates*. Hasta ese momento ningún romano se había ganado semejante honor tan pronto en su carrera militar.

En 70 a. C., Pompeyo fue nombrado cónsul. El otro cónsul, su renuente y vigilante compañero de fatigas, era Marco Licinio Craso, el hombre que había aplastado la revuelta de los esclavos encabezada por Espartaco (le irritaba especialmente el hecho de que Pompeyo, que había reducido a un último resto del ejército derrotado de Espartaco, se atribuyera el mérito de haber sofocado toda la rebelión) y que había amasado una enorme fortuna acaparando las propiedades confiscadas a los ciudadanos romanos a los que se había despojado de sus bienes en las proscripciones. La fricción y el mal disimulado conflicto entre los dos multimillonarios, Craso y Pompeyo, era inevitable.

En enero de 49 a.C., viendo que se había cruzado el Rubicón y que César ya estaba en territorio italiano, el Senado votó a favor de la ley marcial contra César y entregó el gobierno de la República a Pompeyo. Pero César no se demoró un solo instante tras cruzar el Rubicón. Condujo a su cada vez más numeroso ejército en una arrolladora marcha hacia el sur por la costa oriental de Italia, y Pompeyo y el Senado tuvieron que poner pies en polvorosa de Roma tan deprisa que hasta se dejaron atrás el tesoro de la nación. La continua presencia de los senadores resultó ser un gran estorbo para Pompeyo. Estos no dejaban de exigir informes, de criticar los planes y en general de molestar. Eso contribuyó en gran medida a neutralizar lo que de lo contrario habría sido una clara ventaja para los pompeyanos. Ellos tenían barcos y Cé-

sar no tenía armada. Pudieron reunir y adiestrar a un gran ejército en Dirraquio, en el oeste de Grecia. El abastecimiento de las tropas de César era tan deficiente que muchos de los soldados no tenían más remedio que comer la corteza de los árboles. Y sin embargo, merced a una combinación de extraordinario don de mando y de buena suerte militar, César pudo derrotar a Pompeyo, que le presentó batalla en Farsalia en agosto del 48 a. C. y sufrió una dura derrota. Enervado, Pompeyo huyó y se refugió en Egipto, donde el gobierno ptolemaico, que tenía pavor a las represalias que pudiera tomar contra él el temido César, le cortó la cabeza y envió a César ese horroroso trofeo.

Julio César gobernó ahora Roma y su enorme Imperio, que no dejaba de expandirse, sin oposición. En 46 a. C. se nombró a sí mismo dictador durante diez años, y en febrero de 44 a. C. el nombramiento se amplió para todo lo que le quedaba de vida. El calendario oficial, que necesitaba una revisión, efectivamente se revisó, dando al mes que hasta entonces se había conocido como Quintilis el nuevo nombre de «julio». La cabeza de César empezó a aparecer en las monedas, un homenaje que hasta entonces se había reservado para los reyes y los dioses. César fue el primer hombre que venció y que en esencia puso fin a la aversión republicana romana a la realeza, que venía de antiguo. Plutarco creía que César planeaba hacer que le convirtieran en un rey deificado, y probablemente tenía razón, aunque la cuestión aún se discute. Desde luego, las masas de Roma llegaron muy pronto a verlo como lo más parecido a un dios vivo, y su amigo más íntimo, Marco Antonio, fomentó una especie de culto al César.

Ahora que las guerras habían terminado y se habían ganado, César, con el apoyo de un Senado completamente sumiso, se otorgó a sí mismo no menos de cinco triunfos completos, cuatro después de destruir a Escipión y uno más por aplastar a los hijos de Pompeyo. El más grande fue el triunfo que se le otorgó por su conquista de la Galia, pero fue su triunfo pónico en Zela sobre Farnaces, el hijo de Mitridates, de quien sospechaba que intentaba restaurar el reino de su padre en el este, el que inspiró a César la creación de la frase más célebre de la historia militar; en el desfile de la victoria expuso en un cartel las tres lacónicas palabras *Veni, vidi, vici*: «Llegué, vi, vencí».

Estos «triumfos» romanos eran ceremonias de gran importancia y seguían un patrón establecido, cuyos orígenes se hallaban en el pasado etrusco. Para ser declarado *triumphator*, el héroe victorioso primero debía ser aclamado por sus soldados. Tenía que ser un magistrado electo con *imperium*, el poder autocrático para ejercer la autoridad. (Si

no era un magistrado de este tipo, no podría haber ningún triunfo para él, por muy rotunda que hubiera sido su victoria.) Debía demostrar que había matado por lo menos a cinco mil soldados enemigos, y regresar a casa con una cantidad de su ejército que fuera suficiente como para demostrar su victoria total. Como la propia Roma no entraba dentro de su *imperium*, debía esperar entonces fuera de los límites de la ciudad hasta que el Senado hubiera acordado concederle ese poder absoluto por un solo día. Una vez hecho esto, el líder triunfante podía entrar a la cabeza de sus tropas, precedido por sus lictores, cada uno de los cuales portaba un haz de varas y un hacha —el *fasces* que Mussolini volvió a adoptar en el siglo xx— para simbolizar su poder de arrestar, castigar y ejecutar. Un dictador tenía veinticuatro lictores, los oficiales de rango inferior tenían menos. Los soldados alzaban un canto de alabanza, «*Io triumphe!*», y cantaban canciones ligeramente obscenas, los «versos fesceninos», en los que se burlaban de su líder; una estrofa típica sobre César (que estaba calvo y que era célebre por sus apetitos sexuales) decía:

A casa traemos al calvo Follador,
doncellas romanas, atrancad vuestras puertas;
pues el oro romano que le enviasteis
se fue en pagar a sus putas galas.

Normalmente, la aparición del vencedor iba precedida por un largo desfile de sus trofeos de guerra. Así, el triunfo de Emilio Paulo vino precedido, según Plutarco, por el desfile, durante todo un día, de unos 250 carromatos que llevaban las estatuas, los cuadros y las imágenes colosales saqueadas en el reino de Perseo, monarca de Macedonia. Después llegó un segundo día, durante el cual se exhibieron la plata, el bronce y el oro griegos en una parada de carros similar, junto con las armaduras capturadas. No fue hasta el tercer día cuando hizo su aparición el triunfante Emilio Paulo, seguido por Perseo, «que tenía el aspecto de alguien que se halla completamente aturdido y privado de razón por la enormidad de sus infortunios», como efectivamente debió de hallarse.

Por supuesto, el héroe victorioso se vestía para la ocasión. Llevaba el rostro pintado con plomo rojo, para expresar su vitalidad divina. Iba engalanado con púrpura triunfal, con una corona de laurel sobre su cabeza y una rama de laurel en su mano derecha, y llevaba amuletos para conjurar el mal de ojo. Dirigiéndose a una masiva concurrencia

compuesta por ciudadanos civiles y por sus soldados, alababa el patriotismo de los primeros y el noble coraje de los segundos. Repartía entre estos dinero y condecoraciones. Se esperaba que esos obsequios fueran espléndidos. Y viniendo de César, lo eran: cada soldado de infantería de sus veteranas legiones recibía 24.000 sestercios como botín, muy por encima de los 1.000 que había obtenido al año en forma de salario. Si uno paga muy bien la gratitud, y esto lo sabía muy bien César, es probable que esta siga comprada. Pero sus hombres sí que le adoraban, y por otros motivos, igual de convincentes: su formidable audacia y destreza militar, sus dotes para el liderazgo carismático.

Montado en una *cuadriga* o carro de cuatro caballos, con sus hijos y parientes yendo a caballo alrededor de él, el general victorioso comenzaba entonces su avance hacia el Capitolio; en el carro iba montado también un esclavo público, que sostenía sobre el vencedor una corona de oro tachonada de piedras preciosas, entonando repetidamente el mantra *Memento mori* («recuerda que eres mortal»). El recorrido procesional partía del Campo de Marte, situado fuera de la ciudad, pasaba por la Puerta del Triunfo, llegaba al Circo Flamínio —una plaza pública anómala en la que, pese a su nombre, no parece que se celebrase jamás ninguna carrera, y en la que no había bancos para los espectadores, pero en la que sí se exhibían los trofeos de guerra del triunfo—, y desde allí se dirigía al Circo Máximo. Entonces la procesión giraba por la colina Palatina, avanzaba por la Via Sacra, la calle más antigua y famosa de Roma, y desde allí se dirigía al Capitolio. En el Foro ordenaba encarcelar o ejecutar a algunos cautivos de alto rango, y después seguía avanzando hacia el Capitolio, donde se llevaban a cabo más rituales en el templo de Júpiter Capitolino. Julio César tenía tan desarrollado el sentido de la exhibición y el dramatismo que, cuando daba sus últimos pasos hacia el Capitolio, tenía cuarenta elefantes desplegados a su derecha e izquierda, cada uno de ellos con una antorcha en su trompa.

Naturalmente, estas largas e impresionantes ceremonias requerían un espléndido telón de fondo arquitectónico. A lo largo de todo el período de sus campañas en el norte de Europa, César no había construido nada; no había habido tiempo para ello. Pero en 55-54 a. C. decidió dejar una huella arquitectónica permanente en Roma: una magnífica plaza con columnatas, el Foro Julio o Foro de César, con un templo dedicado a Venus Genetrix, la mítica antepasada del linaje de los Julios, en uno de sus extremos. Este lindaba con el antiguo Foro, que había empezado siendo un lugar de encuentro de carácter general y un

mercado y que con el tiempo se había llegado a conocer como el Foro Romano, para distinguirlo de otros foros que ya existían, como el Foro Holitorio (el mercado de la verdura) y el Foro Boario (el mercado de ganado). Con el paso de los años, una gran cantidad de funciones convergieron y se arraigaron en él. Abogados, cambistas y senadores se mezclaban en sus edificios anexos, que a veces se usaban como mercados. Los archivos del Estado se conservaban en su *tabularium*, un importantísimo archivo. Se construyeron santuarios: un templo circular de Vesta, diosa romana del hogar del fuego, del que se ocupaban seis vírgenes vestales, que tenían el deber de cuidar del fuego sagrado de la ciudad. El Foro Romano también contenía el pequeño pero ritualmente importante santuario de Jano, el dios romano de los comienzos, cuyas puertas se cerraban ritualmente siempre que se anunciaba la paz en el mundo romano.

El foro de Julio César fue el primero de varios foros que se construyeron al lado del Foro Romano, al norte de él; sus sucesores fueron el Foro Augusto, el Foro de Nerva y el Foro de Trajano. Los enormes costes de la construcción del foro de Julio César se sufragarían con el saqueo de las ciudades y los santuarios galos, y naturalmente con la trata de esclavos, que para entonces ya dominaba César con sus prisioneros de guerra. Se dice que el coste final de la tierra, y sólo de la tierra, utilizada para la construcción del Foro de Julio César fue de 100.000.000 sestercios, ya que hubo que comprar cada metro cuadrado de ella a propietarios particulares en un momento de feroz especulación comercial.

Esto no le importó a César; estaba decidido a reunir su parcela al precio que fuese, y lo hizo. Dentro de ella erigió un templo de mármol en una plaza con columnatas. Lo llenó de costosas obras de arte, entre ellas cuadros de Áyax y Medea pintados por el famoso pintor Timómaco, una estatua de oro de Cleopatra, un peto hecho con perlas de Britania y una pléora de retratos suyos. Se dice que en el exterior de su entrada instaló el *Equus Caesaris*, otro retrato escultural de él montado sobre un retrato de su caballo favorito. Diversas historias de la antigüedad —Plinio, Suetonio— coinciden en que se trataba de un animal peculiar, reconocible por sus patas delanteras, de aspecto casi humano. Pero no está claro si tenía dedos o simplemente cascos deformados.

Ya era el amo absoluto del Imperio romano. Llevaba veinte años siendo el sumo sacerdote de la religión estatal, el *pontifex maximus*. Parecía que César ya no podía llegar más alto, salvo convirtiéndose en un rey deificado.

Incluso eso se veía venir. En el año 44 a. C., el retrato de su cabeza empezó a aparecer en las monedas romanas; era la primera vez que se concedía este honor a alguien que no fuese un rey o un dios. Marco Antonio (83-30 a. C.), un muy cercano partidario de César, intentó (aunque sin éxito) instaurar un culto al César vivo del cual él mismo sería sacerdote. César también infló la cifra de miembros del Senado con centenares de patricios y ecuestres a los que escogió personalmente. Nombró a muchos magistrados nuevos, igualmente agradecidos a él, y fundó muchísimas colonias latinas nuevas fuera de Italia para premiar con ellas a hombres fieles del ejército. Alentado por sus éxitos, sintiéndose invulnerable, también cometió un error fatídico: despidió a su Guardia Pretoriana.

Los conservadores estaban esperando su momento, ardiendo de ira al ver la cada vez mayor autocracia de César, y decididos a devolver a Roma sus supuestamente prístinas virtudes como República. La única forma, razonaron ellos, de librarse del cesarismo era asesinar a César. Rápidamente formaron un conciliábulo. Los líderes de la conspiración fueron Cayo Casio Longino y Marco Junio Bruto.

Casio había combatido en el bando de Pompeyo contra el ejército de César durante la guerra civil, pero César, con su habitual magnanimidad hacia los enemigos romanos derrotados, le había indultado, le había ascendido a pretor en el año 44 a. C. y después le había nombrado cónsul.

Bruto, que encabezó el conciliábulo, era un hombre de profunda probidad y patriotismo —«Era el romano más noble de todos ellos»— al que los otros aspirantes a asesinos consideraban indispensable para el plan de matar a un héroe tan idolatrado por la *plebs*. El hecho de que fuera un usurero —Cicerón, a quien Bruto había servido como cuestor en Cilicia, descubrió que Bruto estaba obteniendo un interés anual del 48 % sobre un préstamo que había hecho a una ciudad de Chipre— no disminuyó su reputación en lo más mínimo. A los romanos no les resultaba necesariamente repugnante la idea de matar a un hombre que tenía demasiado poder y que abusaba de él. Tenían ante sus ojos el ejemplo de figuras heroicas tales como Harmodio y Aristogitón, los amantes griegos que en 514 a. C. habían asesinado al tirano Hiparco y a quienes honraba una estatua situada en el ágora, profusamente copiada por los escultores romanos (o griegos que trabajaban para clientes romanos). Así era como el conciliábulo veía a César y conspiradores decidieron asesinarlo, lo que hicieron con sus dagas en el suelo de la cámara del Senado de Roma en los *Idus* de marzo del año 44 a. C.

Shakespeare hace que el desprotegido César exclame «*Et tu, Brute*» («¿Incluso tú, Bruto?»), pero parece que sus últimas palabras no fueron en latín; fueron en griego: «*Kai su, teknon*», («¿Tú también, hijo mío?»), como correspondía a un patricio romano con estudios superiores que se dirigía a otro, incluso en el momento de la muerte.

A continuación se desató el caos. Los asesinos dejaron el cadáver de César allí donde había caído, en el suelo del Senado, a los pies de una estatua de Pompeyo. Salieron apresuradamente a la calle blandiendo sus dagas y gritando ¡*Libertas!* y ¡*Sic semper tyrannis!* («¡Libertad!» y «¡Así siempre a los tiranos!»). La población general no se mostró muy convencida; se arremolinaron allí, algunos de ellos histéricos por el dolor y la confusión; llevaron a los conspiradores a la colina Capitolina para que se refugiaron allí. Mientras tanto, Marco Antonio, cónsul y amigo más importante de César, cogió los documentos, el testamento y el dinero del hombre muerto y se preparó para hablar en el funeral público de César. Su discurso exaltó los ánimos de la muchedumbre, y los conspiradores, que se habían convencido a sí mismos de que serían aclamados como salvadores, abandonaron apresuradamente Roma en dirección a las provincias orientales del Imperio.

En esta fase inicial de organización de las cosas después de César, nadie prestó la menor atención al único pariente varón de este: su sobrino nieto, un enclenque muchacho de dieciocho años llamado Cayo Octavio. Pero resultó que en su testamento César lo había adoptado póstumamente como hijo y heredero suyo, y le había dejado las tres cuartas partes de su enorme fortuna. Marco Antonio, que se había arrogado el papel de albacea de César, se negó rotundamente a darle esta herencia al muchacho y, actuando con la misma insensatez, se negó a pagar los 300 sestercios que César había legado a todos y cada uno de los ciudadanos de Roma. Este increíble acto de mezquina temeridad sentenció a Marco Antonio, privándole de la buena disposición de la mayoría de los romanos.

Mientras tanto, al impedírsele el acceso a la fortuna de César, Cayo Octavio usó sus propios fondos, de menor cuantía aunque considerable, para reclutar un ejército privado entre los veteranos de César a los que se había asentado en Campania y Macedonia. El nombre de César seguía siendo mágico para estos veteranos, y Octavio había heredado su poder. Y aunque no era guerrero con ningún arma salvo su lengua, Cicerón atacó a Marco Antonio con catorce «Oraciones Filípicas», título que había tomado de Demóstenes para dar nombre a los histéricamente feroces discursos que realizó contra el amigo del César.

Octavio hizo marchar entonces su ejército de endurecidos profesionales hacia Roma. A sus diecinueve años fue elegido cónsul, el más joven en la historia de la ciudad, y a partir de entonces se le llamó Cayo Julio César Octaviano: Octaviano, en versión abreviada. Tras una reunión cerca de Bononia (la actual Bolonia) con Marco Antonio y el gobernador de la Galia Transalpina, Marco Emilio Lépido, Octaviano anunció que se había formado el Segundo Triunvirato; este fue confirmado poco después por el Senado romano, que no tuvo ninguna elección sobre el asunto. En un principio, los triunviros ocuparían el cargo cinco años. Tendrían el poder absoluto sobre el sistema tributario y el nombramiento de funcionarios, de alto y bajo rango. Tendrían libertad para proscribir a todo aquel que desearan, y lo hicieron sin piedad: 300 senadores y 2.000 ecuestres murieron en las purgas, arramblando los triunviros con el dinero y las propiedades de estos.

Y Cicerón pagó caros sus insultos a Marco Antonio. Apenas había emprendido su huida de Roma cuando un destacamento de soldados de Octaviano le dio alcance en la Via Apia, a comienzos de diciembre de 43 a. C. Estos enterraron su cuerpo pero regresaron con su cabeza a Roma. Hay dos versiones de la suerte que corrió la cabeza. «Se dice», escribió el cronista Apiano, «que incluso en sus comidas colocaba Marco Antonio la cabeza de Cicerón ante su mesa, antes de quedar ahído de esta horrible visión». Otra versión relataba que la cabeza se había clavado en lo alto del Foro para que todos la reconocieran. Fulvia, la esposa de Marco Antonio, le abrió la mandíbula, le sacó la lengua y la atravesó con el alfiler de su sombrero: un insulto apropiado, pensaron ella y otros, para el órgano que con tanta frecuencia y de forma tan calamitosa había injuriado a su marido.